

El Ruedo



2
Ptas.

PUERTAS



Alfredo Barra
1917

Una caída aparatosa



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214440

Año IV - Madrid, 1 de mayo de 1947 - N.º 149



PLAZA DE MADRID TOROS DE MADRID

EL DOMINGO. 27 DE ABRIL DE 1947

GRAN CORRIDA DE TOROS

6 TOROS 6

ALBASERRADA

ESPADAS

Rafael García

Albaicín

Benigno

Aguado de Castro

Rafael Llorente

La corrida empezará a las CINCO Y MEDIA en punto de la tarde

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

EL contraste es demasiado fuerte. Acaba de celebrarse la feria de Sevilla, en la que han lidiado toros de peso toreros de categoría, entre los que se hallaban disponibles; que en esta primera parte de la temporada las bajas son o por heridas anteriores, por ausencias forzadas o por alguna ausencia voluntaria. En Sevilla han estado también los empresarios de casi todas las Plazas de España, formalizando sus contratos de toros y toreros.

Al regresar a Madrid, encontramos fijado en las esquinas un cartel modestísimo. Cualquiera de los muchachos anunciados podría figurar decorosamente —haciendo, claro está, algo más que el domingo— en cualquier combinación donde apareciesen uno o dos de más talla; pero, en conjunto, en 27 de abril, y en la Plaza de las Ventas, que era, y debiera ser, la primera del mundo...!

No. Eso no debe ser. ¿Qué pasa? ¿Por qué no se aclaran las causas, los motivos o siquiera los pretextos? ¿Es que no están toreando, y con éxito, por otros ruedos Pepe Luis Vázquez, Parrita, Pepín Martín Vázquez, Andaluz, Antonio Bienvenida, el Choni, que triunfó en la última corrida de la feria sevillana, aparte Gitanillo de Triana y Vito, gravemente heridos en estos días? ¿Es que Luis Miguel Dominguín, ya afortunadamente restablecido de su cogida en Valencia, no está firmando gran número de corridas?

¿A qué se debe, entonces, este desdiseño de la Empresa de la Plaza de Madrid? Uno de esos toreros de primera línea, Pepe Luis, ha declarado en estas páginas de EL RUEDO, no solamente que no pone inconvenientes en torear en Madrid, sino que desea torear en Madrid. Urge la explicación. La afición madrileña la exige.

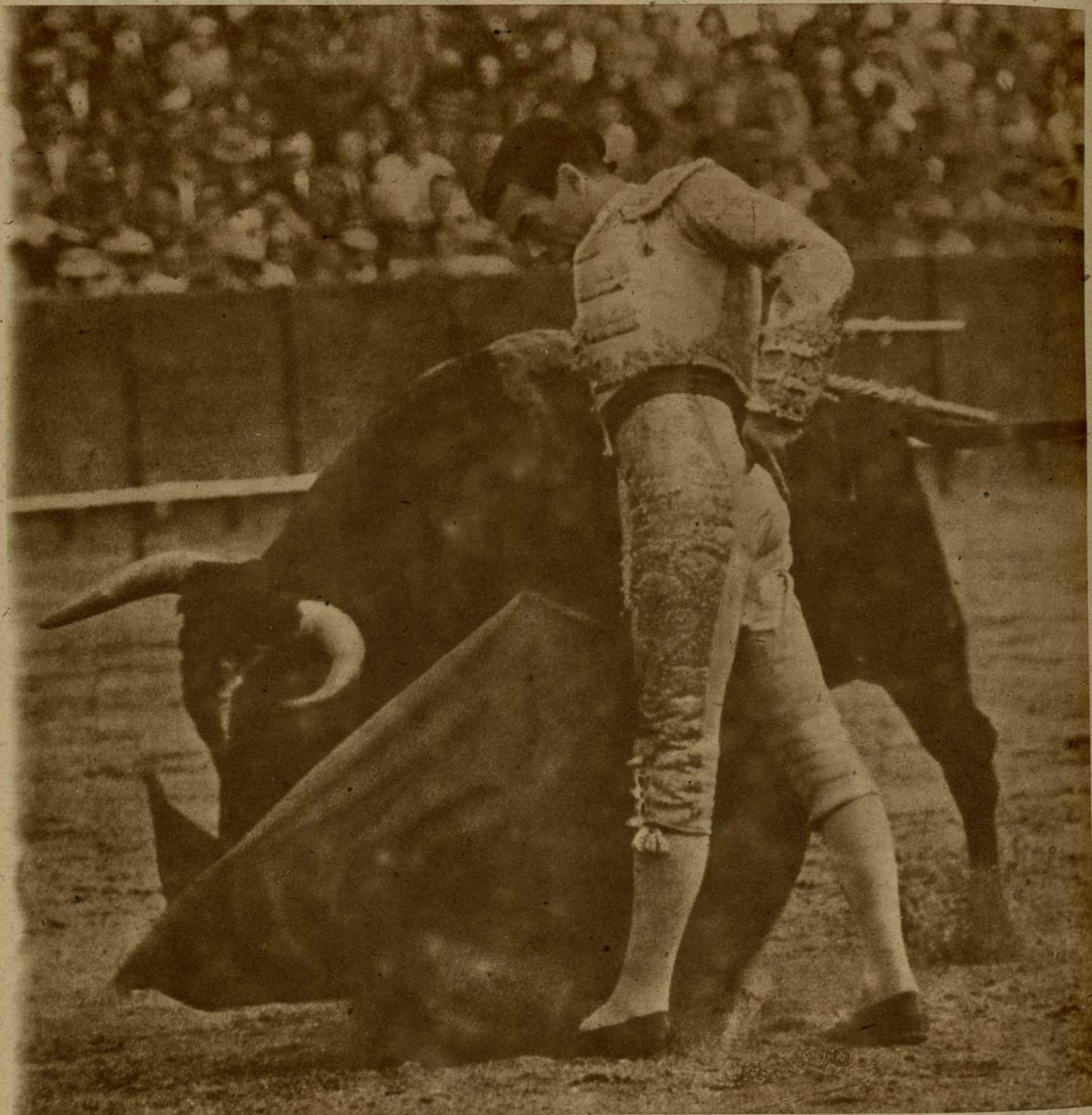
Porque pudiera ocurrir que la Empresa de la Plaza de Madrid se creyese en posesión de una fuerza de la que actualmente carece, y pretendiese que los toreros firmasen por mucho menos dinero que el que cobran en Barcelona, en Valencia, en Zaragoza o en Sevilla, o en Badajoz. Y, claro está, los toreros en estas condiciones prefieren, lógica y humanamente, aceptar esos otros compromisos más beneficiosos. Lo que falta, desde luego, a la Plaza de Madrid es «un plan» meditado de toros y toreros. A trompa y talega no pueden llevarse bien los negocios. Ni es posible contentarse con tener las corridas de toros «apalabradas» únicamente, porque luego los toros mejor puestos se van a otro lado.

Utilizar la fuerza de la afición que acude a las Ventas con un entusiasmo digno de mejor trato —el domingo volvió a llenarse la Plaza—, no es precisamente un diploma de «aplicación y buena conducta». Madrid —si no la primera Plaza del mundo, si la capital de España— merece otra consideración. La Empresa debe servir a Madrid, y no Madrid a la Empresa.

Porque si los toreros no quieren —no quieren venir—, ¡que se diga!

C.

ASI TOREAN LOS GRANDES MAESTROS, Y ASI TOREA EL CHONI



La Plaza de la Maestranza, dorada al atardecer.
Es la hora plácida, reposada. Es la hora de las grandes empresas, cuando el hombre siente deseos de llegar y llegar...

EL CHONI —el torero del más grande éxito de la Feria sevillana—, quieta la planta, deja correr la muleta con suavidad. Surge entonces la estampa clásica donde el lidiador, sin prisas, va acompasando, con el embrujo de su muleta, la fiera acometida...

Es el muletazo soberano de un torero que acaba de encontrarse en la línea de los toreros clásicos, de los toreros grandes. Este muletazo de **EL CHONI** es una lección primorosa del bien torear...

"L'OSSERVATORE ROMANO", órgano del Vaticano, comenta un reportaje de "El Ruedo"

Las corridas de toros han cambiado de fisonomía

EN un número de EL RUEDO, del pasado invierno, apareció un reportaje de nuestro querido compañero de redacción, Cruz Ernesto Franquet, acerca de la misión que desempeñan en las corridas, de toros que se celebran en el coso de las Ventas, el coadjutor de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga, don Mariano García.

La información ha merecido ser comentada en el órgano del Vaticano, L'Osservatore Romano, por la pluma de su redactor P. G. Colombi. Reproducimos seguidamente la traducción literal, que es como sigue:

"ESPAÑA CATOLICA"

EL CAPELLAN DE LOS TOREROS

Don Mariano García no quiere juzgar las corridas, pero es su deber acudir a ellas

(Al comienzo del artículo hay un pequeño recuadro, cuyo texto es el siguiente: «Donde hay un alma que salvar, el sacerdote de Cristo está presente. De modo similar a los capellanes de los Hipódromos, existe en España el capellán de los toreros»).

También los toreros tienen su asesor religioso, o más bien, su capellán. Creo que pocos turistas, cuando asisten al bárbaro, pero pintoresco espectáculo, pueden pensar que cada Plaza de Toros tiene un capellán. Sin embargo, es justo que sea así; antes bien, no hay que sorprenderse en absoluto de que así ocurra.

Uno de los más populares capellanes de toreros de toda España es don Mariano García, buen pastor de almas, coadjutor de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga, en Madrid. Ejercita su particular apostolado en la Plaza de toros madrileña; apostolado quizá único en el mundo, que ha de ser desempeñado con una mesura, un tacto y un equilibrio muy especiales.

La corrida es siempre un juego mortal; cualquier precaución que se tome para mirar por los hombres que salen al ruedo puede desbaratarla la muerte que acecha. Y los toreros tienen un profundo sentido religioso. Desde el momento en que entran en la Plaza, no sólo es agradecida, sino indispensable la presencia de un sacerdote entre ellos.

Los toreros son muy religiosos

«Podría contar cosas maravillosas — ha dicho don Mariano—. Pero son cosas muy personales y no puedo propalarlas con ligereza. He asistido a escenas verdaderamente conmovedoras que testimonian la sincera religiosidad de los toreros. Los toreros son gente muy buena y generosa, y en estos últimos tiempos demuestran una entrega cada vez mayor a nuestra religión. Para quienes viven fuera de España podrá parecer extraña toda la importancia que nosotros damos a los toreros y a las corridas... Pero yo hablo para los que viven en España o para los que nos conocen bien. No he encontrado nunca ningún torero que haya rechazado nuestra ayuda espiritual.»

El cargo de don Mariano García es anejo a las funciones de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga y tiene carácter oficial desde 1939. Pero don Mariano ha prestado esta asistencia espiritual desde 1926 en la Plaza de toros vieja: en aquel año dió la Extremaunción al Cuco de Cádiz, gravemente herido; pero el torero llegó a sanar más tarde.

El sacerdote extiende también su jurisdicción espiritual al Sanatorio de los Toreros, y siempre encuentra muchachos animados de fervorosas disposiciones.

Se le ha preguntado a don Ma. si asiste siempre a las corridas desde las gradas.

«Ciertamente — ha respondido — es mi deber. Tomo asiento en el tendido como un espectador cualquiera, pronto a cualquier requerimiento. Si desgraciadamente algún torero es llevado a la enfermería, acudo junto al médico; si llega el caso, me presento a la cabecera del herido; de lo contrario no me hago visible, a no ser que me llamen...»

—Pero usted, Padre, ¿es un «aficionado» a las corridas?

«Afiicionado» es más que apasionado, más que admirador; es palabra que quizá no pueda traducirse. A esta pregunta, un poco tendenciosa, el Padre ha sonreído y ha respondido... que no tenía

Spagna cattolica

IL CAPELLANO DEI "TORERI",

Don Mariano García non vuole giudicare le corride, ma è suo dovere assistere.

Anche i toreri hanno il loro assistente ecclesiastico; anzi, il loro capellano.

Crede che pochi turisti, assistendo al barbaro ma pittoresco spettacolo, possano pensare che ogni Arena dei Tori ha un suo capellano. Eppure è giusto che sia così; anzi, non v'è affatto da sorprendersi che sia così.

Uno dei più popolari capellani dei toreri di tutta la Spagna è Don Mariano García, buon pastore di anime, coadjutore della parrocchia di Nostra Signora di Covadonga, a Madrid. Egli esercita il suo particolare apostolado presso l'Arena dei Tori madrileña. Apostolado forse unico al mondo, che deve essere professato con una misura, un tatto, un equilibrio tutto particolare.

La corrida è sempre un gioco mortale; qualunque protezione si prenda per risparmiare gli uomini seesi in campo, la morte è sempre in agguato. E i toreri hanno profondo il senso religioso. Nell'istante che scende, nell'Arena è non solo gradita, ma indispensabile la parola, la presenza di un Sacerdote tra di loro.

I TORERI SONO MOLTO RELIGIOSI

«Potrei narrare cose meravigliose — ha detto Don Mariano García —. Ma son cose molto personali e non posso propalarle con leggerezza. Ho assistito a scene davvero commoventi, che testimoniano della schietta religiosità dei toreri. I toreri son gente molto buona e generosa, e in questi ultimi tempi dimostrano un attaccamento sempre maggiore alla nostra religione. Per chi vive fuori di Spagna potrà sembrare strana tutta l'importanza che noi diamo ai toreri e alle corride... Ma io parlo per quelli che vivono in Spagna o che li conoscono bene. Non ho mai incontrato nessun torero che abbia mai rifiutato il nostro aiuto spirituale.»

«Topix, organo umoristico dei cattolici statunitensi ha avuto successo imprevisto e la sua campagna di lotta contro la stampa morale va suscitando consensi ovunque, sicché quest'organo sarà prossimamente diffuso con maggiore larghezza in tutti gli Stati della Federazione americana.»

«Continuano a giungere da ogni parte d'Italia, da diversi prelati e associazioni d'A. C. e pie Unioni resoconti di manifestazioni di fedeltà ed ossequio al Santo Padre e telegrammi di filiale ossequio di riprova per la campagna antifederale e immorale che continua a insanguinare la penisola.»

«Il grande storico francese Louis Fliche, autore tra l'altro della grande opera storica della Chiesa insieme al Martin, tuttora in via di pubblicazione, è piamente spirato a Parigi. La sua morte è una grande perdita per la Francia cattolica e il mondo degli studiosi.»

Dove c'è un'anima da salvare il sacerdote di Cristo è presente. Accanto ai capellani dei circhi equestri, esiste in Spagna il capellano dei toreri.

L'incarico di Don Mariano García è connesso alle funzioni della parrocchia di Nostra Signora di Covadonga e ha un carattere ufficiale dal 1939. Ma Don Mariano sino dal 1926 era assistente spirituale presso l'Arena Vecchia; in quell'anno im-



Parti l'estrema unzione al «Cuco de Cádiz», gravemente ferito, ma il torero più ferido guare.»

Il Sacerdote estende la sua giurisdizione spirituale anche presso il Sanatorio dei Toreri; e sempre trova i giovani animati da fervide disposizioni d'animo.

È stato domandato a Don

García se egli assiste sempre alla Corrida dall'ambituro.

«Certo, — egli ha risposto — è il mio dovere. Prendo posto sopra un gradino come uno spettatore qualunque, pronto ad ogni richiamo. Se malagratamente qualche torero viene portato all'infermeria, io accorro insieme al medico; se è il caso, mi presento al capezzale del ferito; altrimenti non mi faccio vedere, a meno che non venga chiamato. Dall'onde tutti i toreri sono uno buoni amici...»

Ma lei padre, è un «aficionado» delle Corrida?

«Afiicionado» è un che appassionato, più che tifoso, e forse intrattabile. A questa domanda, un po' tendenciosa, il padre ha sorriso e ha risposto, che non aveva un'opinione in proposito. Tuttavia, ha aggiunto, la corrida mi piace perché è una «fiesta» molto spagnola.

UNA LEGGENDA SMENTITA

Come a Siena, alla vigilia della corrida, i toreri prima della corrida si radunano in chiesa e chiedono la protezione della «Virgen de la Paloma» e recitano devotamente le orazioni, guidati dal loro capellano.

I toreri hanno fama di essere molto superstiziosi, molto più degli attori e dei cantanti. Invece Don Mariano ha smentito la leggenda. No, egli ha affermato, non è vero che i toreri sieno superstiziosi; non ho conosciuto nessun torero superstizioso. Essi sono invece religiosi; ma, vi assicuro, con dignità ed umanità. Almeno per quel che posso giudicare dai miei assistiti...

Ebbene da quando abbiamo incontrato la figura di Don Mariano, lo spettacolo della corrida ha cambiato fisionomia. La

corrida, per i non spagnoli è variamente giudicata. Lo spettacolo è superbo per il colore, il cerimoniale, l'ardore dei giocatori, la vivace partecipazione degli spettatori. Ma lo spargimento del sangue dei tori e, talvolta, degli stessi uomini, mette in dubbio il giudizio degli spettatori stranieri. Tuttavia, sperduto sui gradini dell'Arena, è un Sacerdote che non vuol giudicare; che trova la «fiesta» molto spagnola, ma non vuol pronunciarsi. Egli è presente perché lo impone il suo ministero. Perché la Chiesa, dovunque un cattolico sia in pericolo mortale, vuol essere presente, dove essere presente ad offrire il conforto della sua sublime assistenza. Dovunque — senza giudicare le pazzie degli uomini...

P. G. Colombi



Reproducción de la página en que aparece el artículo «El capellano del torero»

Cabecera de «L'Osservatore Romano», donde se recoge una información de EL RUEDO

una opinión sobre el particular. «Sin embargo — ha añadido —, la corrida me gusta porque es una fiesta muy española.»

Una leyenda desmentida

Como ocurre en Siena en vísperas de las carreras de caballos, los toreros, antes de la corrida, se reúnen en la capilla, piden la protección de la Virgen de la Paloma y recitan devotamente las oraciones guiados por su capellán.

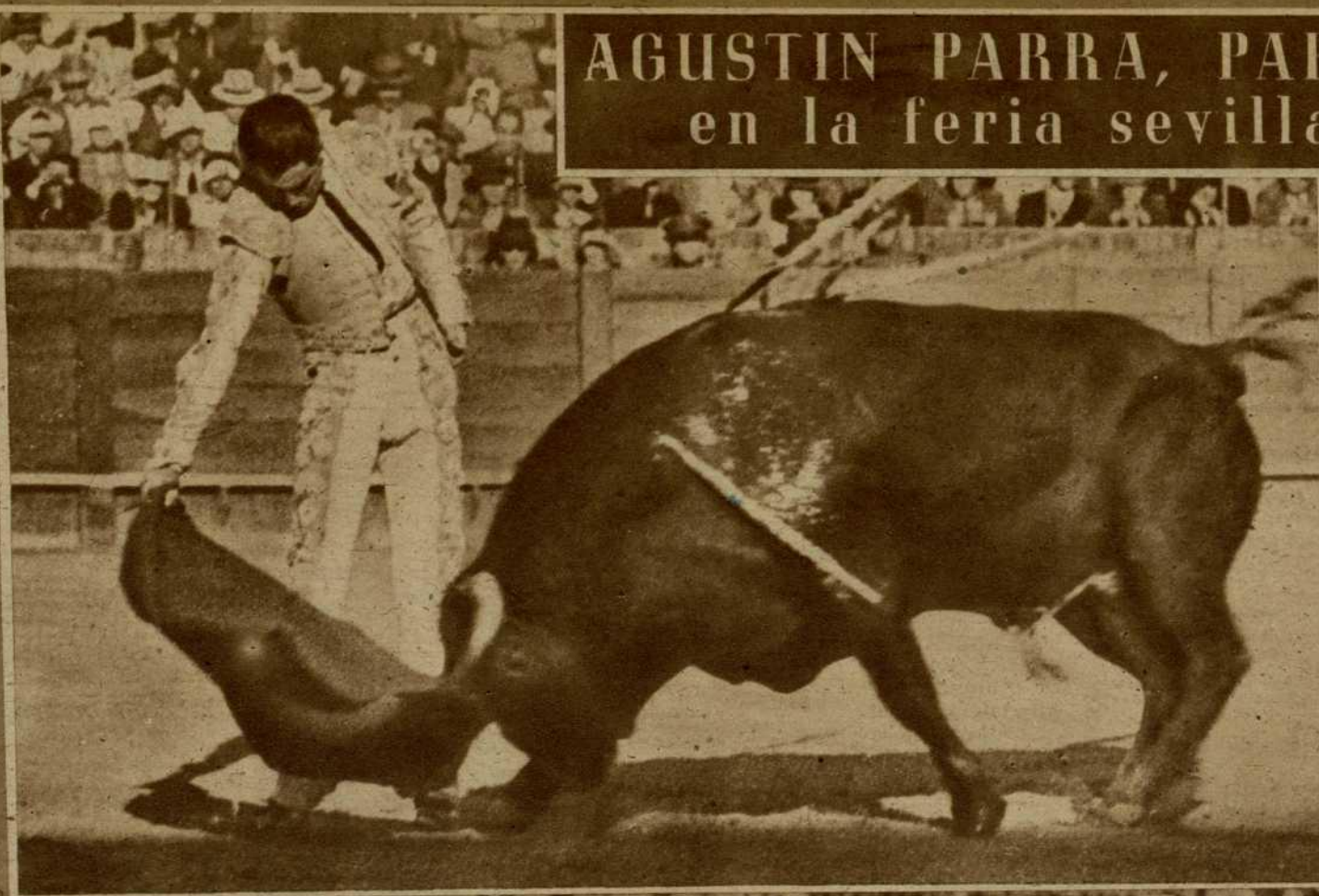
Los toreros tienen fama de ser muy supersticiosos, mucho más que los actores y cantantes. Don Mariano, por el contrario, ha desmentido la leyenda. «No — ha afirmado —, no es cierto que los toreros sean supersticiosos; no he conocido ningún torero supersticioso. Son, eso sí, religiosos; pero, puedo asegurárselo, con dignidad y humanidad. Al menos por lo que puedo juzgar de mis asistidos...»

Pues bien: después de haberlos encontrado con la figura de don Mariano, el espectáculo de las corridas de toros ha cambiado de fisonomía. La corrida para los no españoles merece un juicio vario. El espectáculo es soberbio de color, así como por el ceremonial, el ardor de los espadas y la viva par-

ticipación de los espectadores. Pero el derramamiento de la sangre de los toros y, a veces, de los mismos hombres, hace dudar acerca del juicio de los espectadores extranjeros. Sin embargo, perdido en el tendido de la Plaza hay un sacerdote que no quiere juzgar que encuentra la fiesta muy española, pero no quiere pronunciarse. El está presente por imposición de su ministerio. Porque la Iglesia, en cualquier parte que un católico se halle en peligro mortal, quiere estar presente para ofrecerle los consuelos de su sublime asistencia. En cualquier parte donde se encuentre, sin juzgar las locuras o desatinos de los hombres.»

Nos congratulamos de que una información de EL RUEDO haya sugerido a un redactor de L'Osservatore Romano la idea de publicar un artículo — caso insólito — en un periódico extranjero de circulación mundial, referido con una certera visión a nuestra nacional fiesta y a la religiosidad, bien probada de los lidiadores que en ella intervienen.

AGUSTIN PARRA, PARRITA, en la feria sevillana

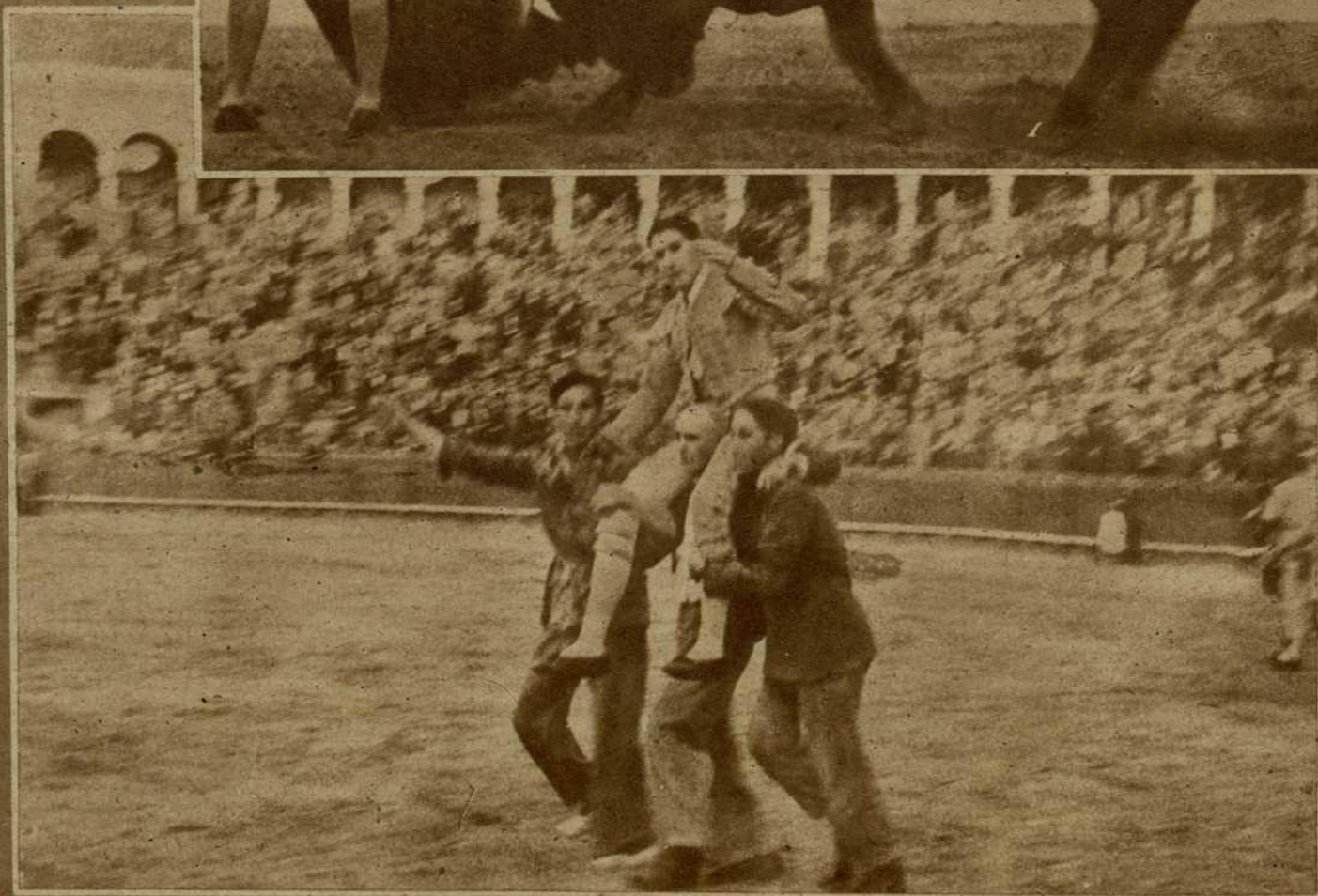
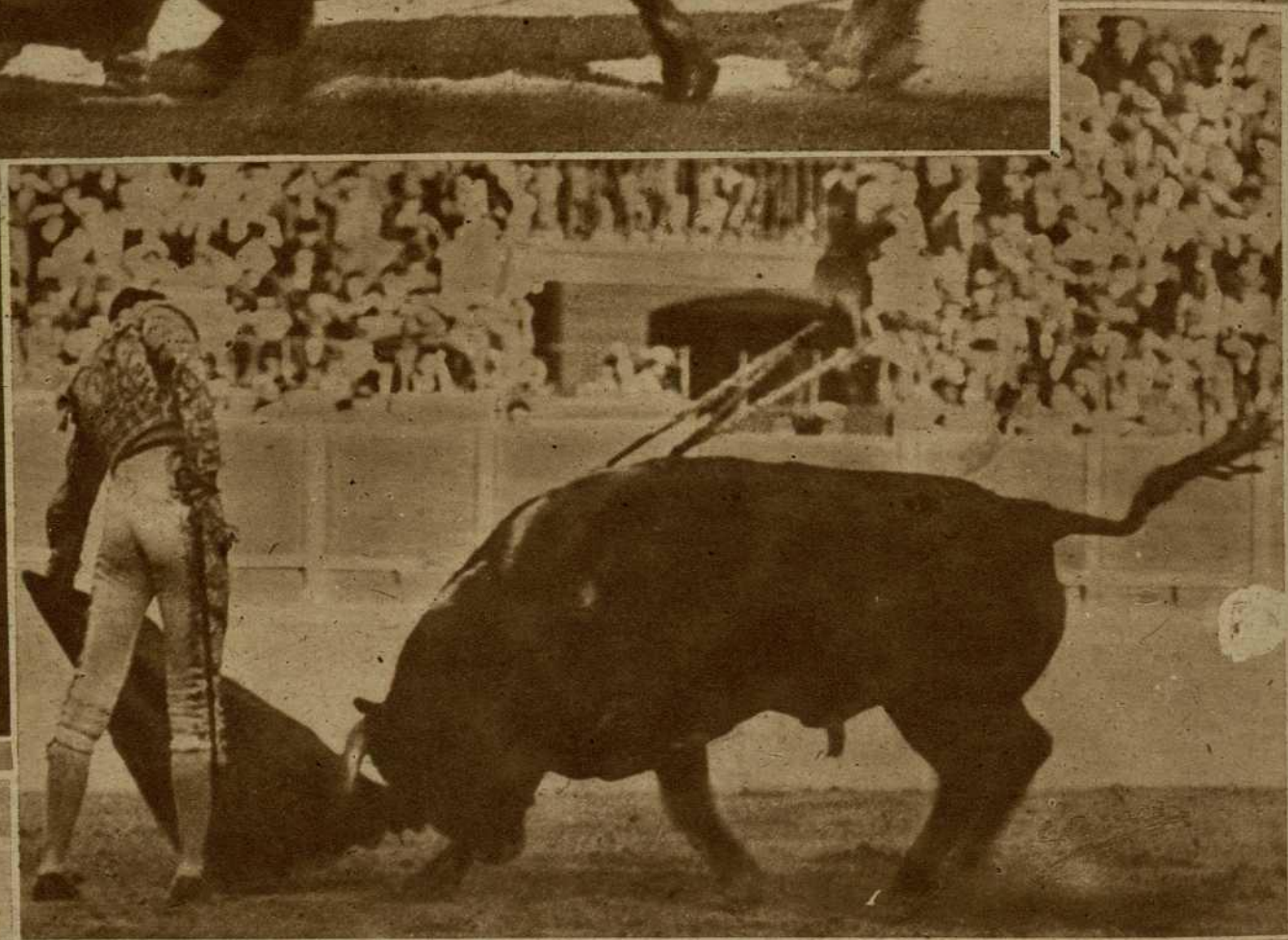


Agustin Parra, PARRITA, en la feria sevillana triunfo clamorosamente...

Corto cuatro orejas, paseó su triunfo muchas veces por el ruedo y por dos veces salió en hombros por la Puerta del Principe.

Dicho así sencillamente, el triunfo queda aún más destacado.

Es que obras son amores...



Corrida de toros en Barcelona

Las reses de don Antonio Pérez dieron un promedio de 318 kilos, y de entre los matadores Julián Marín, Mario Cabré y Luis Mata, sobresalió este último



Julián Marín en un muletazo rodilla en tierra



Mario Cabré remata cuidadosamente un quite



Cabré viendo morir a uno de sus enemigos

Un buen pujazo del Apaño

Luis Mata toreado de capa al primero, que fué el toro de su éxito



También Luis Mata se arrodilla



No hay burlas con el valor

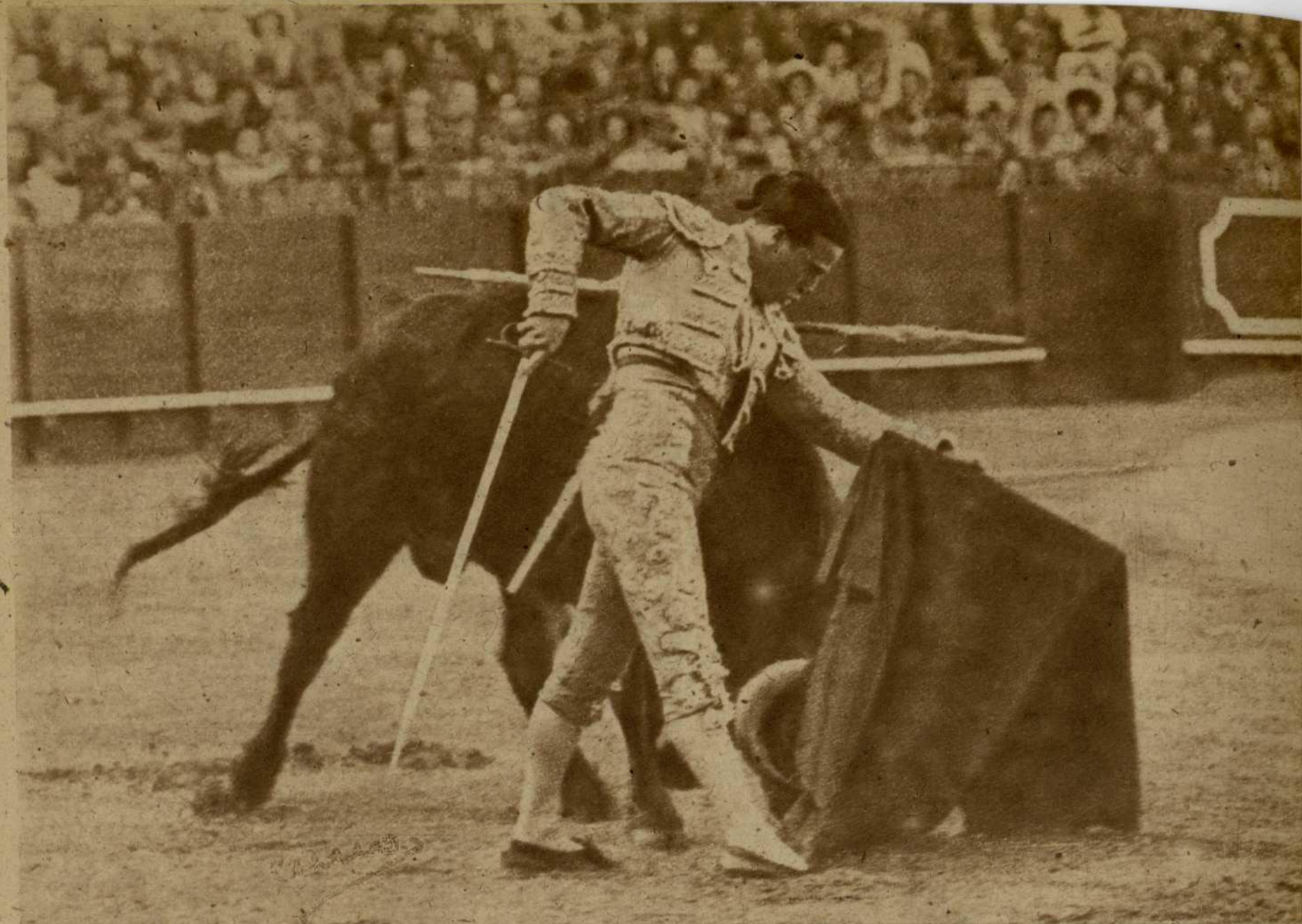
SEGUIMOS disfrutando de unas corridas con toros que tienen trapío y peso desusados. Un promedio de 318 kilos en canal dieron los de don Antonio Pérez, lidiados en esta ocasión, todos de mucho poder y bravos en general. No con la bravura de «pasa torito»; pero bravos, singularmente dos, y de éstos, el llamado Carasucia, superior hasta su muerte.

Igual que el domingo anterior, actuaron de matadores Julián Marín, Mario Cabré y Luis Mata, y fué este último, como entonces, quien emitió la nota aguda. En toda su actuación consiguió mantener ávida la atención del público. ¿Por qué? Porque el verdadero camino para la estimación es el de los méritos, y si los medios para alcanzar aquélla se fundan en el valor, constituyen los mismos un atajo para llegar al fin. Con el toro Carasucia, lidiado en tercer lugar, consiguió el baturro enardecer a los espectadores, merced a una labor, no sólo emocionante, sino muy torera, y como premio a su arrojo y a su arte le dio la oreja del bravo toro. Y con el sexto, un ejemplar de 359 kilos y de poca fiereza, puso una gran voluntad, consiguió hacerse aplaudir, y estuvo breve y bien con la espada. Para él fueron los aplausos de la tarde. Y para los toros, también.

Al hecho de tomar éstos la muleta en forma algo así como «si voy o no voy», habrá que atribuir la poco laudable actuación de Julián Marín y Mario Cabré, menos, bastante menos, la de Mario que la de Julián, pues al navarro, al fin y a la postre, no se le vió indeciso ni apurado.

Atribuyamos ciertas flaquezas a la seriedad de los «barbas» que se lidiaron, con los cuales no cabían burlas.

— DON VENTURA



HACE TREINTA AÑOS QUE LOS FENÓMENOS NO QUIEREN TOREAR EN MADRID LOS MIURAS

Pepe Luis Vázquez, resucitando los tiempos de José y Juan, toreará el 18 de mayo toros de Miura

LOS fenómenos han cambiado tantas cosas en la Fiesta, que el aficionado apenas sabe nada de nada. Hace tiempo existía en Madrid el abono. El abono era el barómetro —junto con la feria de Sevilla— por el que se guiaban todas las Empresas de España. Pero acabado el abono, los fenómenos lanzaron al mundo de los toros —sigo refiriéndome a Madrid— el caso más estupendo de todos los tiempos. Se trataba nada más y nada menos que de cambiar el «calendario» taurino de Madrid. Es decir, en lugar de empezar la temporada el Domingo de Pascua —que es como debe ser y como siempre ha sido— se trataba de organizar la temporada de las Ventas, allá para julio y septiembre, que son precisamente los meses en que los toros van perdiendo el poderío de su sangre, meses en que los toros no comen hierba verde, sino pastos flojos. La idea o la tentativa era superior, como dirían los clásicos. Empezar por San Pedro es siempre más cómodo que empezar por Pascua. Claro que estas cosas de los fenómenos tienen sus quiebras, porque de vez en cuando los toreros auténticos se creen que también tienen derecho a opinar.

Precisamente en estas horas acaba de producirse en Madrid y para Madrid un hecho fundamental. El protagonista no es ningún banquero, sino un torero que sabe exactamente cuál es su posición ante el aficionado madrileño. Este torero no quiere se-

guir el camino fácil. No hace muchos meses, este torero dijo que estaba dispuesto a torear en abril en Sevilla, y en mayo, en Madrid, toros de Miura. Y lo que dijo entonces lo va a cumplir ahora. No hace falta que digamos que este torero es Pepe Luis Vázquez. Sólo Pepe Luis puede tener este gesto —honrado y bravo— de sacar a los medios en el ruedo de la Plaza de las Ventas un viejo problema de razón y derecho. En Madrid —la primera Plaza del mundo— hay que torear antes del mes de junio, y hay que torear lo que Pepe Luis Vázquez acaba de pedir: Miuras.

Este gesto de Pepe Luis hay que tenerlo en cuenta. Los aficionados deben tenerlo presente, porque los toreros se habían «acomodado» tanto que, hace más de treinta años —desde los tiempos de Joselito y Juan— que los fenómenos no «tragaban» en Madrid el paquete de los toros de Miura. Pepe Luis viene, pues, a resucitar una estampa clásica, valerosa y digna de la historia taurina madrileña. Cuando tantos valores taurinos se han perdido por no querer correr el riesgo o por no querer descubrirse ante toros, toros, la decisión de Pepe Luis Vázquez viene a poner las cosas en su justo lugar. Cuando el torero dice que «es», hay que demostrarlo con gestos y no claudicaciones. El aficionado está ya un poco aburrido de ver cómo fenómenos que llevan ocho años de alternativa sólo han venido a Madrid en

diez o doce ocasiones. El torero debe contrastarse en Madrid y en Sevilla. Deben contrastar los fenómenos su derecho a seguir siendo fenómenos en el ruedo madrileño, con toros y en los meses de abril y mayo. Torear benéficas, y cuando el año va doblando, resulta excesivamente holgado. En la vida hay que aceptar esas «dolorosas» obligaciones que la misma vida impone. Que es lo que Pepe Luis Vázquez —el torero que lleva más de cincuenta corridas toreadas en Madrid— va a hacer. Pepe Luis Vázquez viene a Madrid cuando debe venir. Con esto es respetuoso con el público madrileño. Pepe Luis Vázquez llanamente viene a cumplir con su deber.

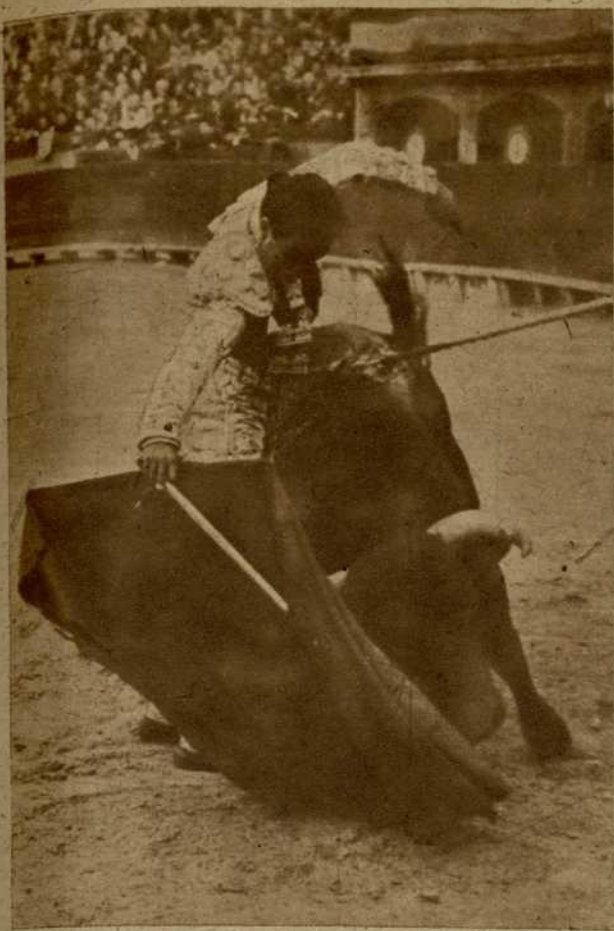
Estas cosas de los toros se han puesto de tal manera, que el toreo —cosa lógica— hay que sacarlo a los medios. Al aire libre para que el público juzgue a todos. Por ahora, Pepe Luis Vázquez toreará el 18 de mayo en Madrid y matará toros de Miura.

El aficionado sabrá comprender este gesto digno y honrado del diestro de San Bernardo.

Ahora, que los demás sigan su camino. En el mes de mayo hay fechas y aun quedan, por fortuna, toros de Miura. Nos gustaría que el gesto de Pepe Luis Vázquez tuviera imitadores.

El aficionado madrileño se lo merece.

ANTONIO DEL MAR



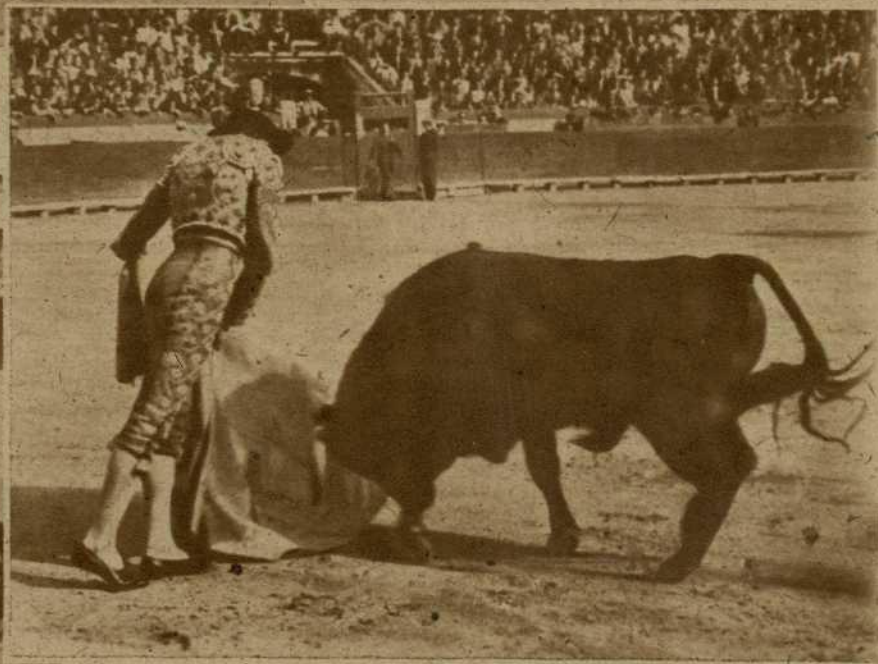
Antonio Caro, que está toreando en todas las Plazas... menos en la de Madrid, en un muletazo muy ceñido



Antonio Caro torea con la derecha; pero de esta forma

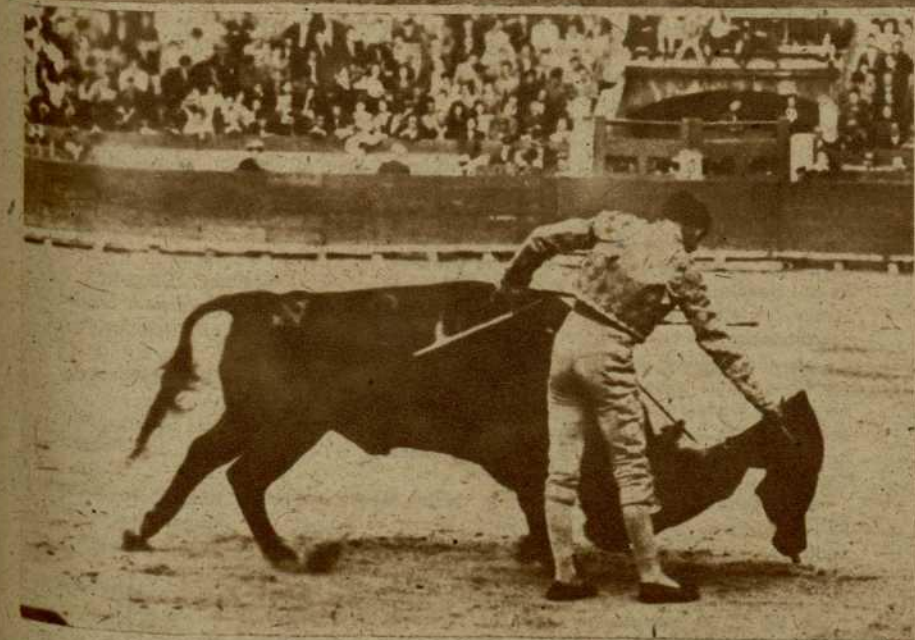
La novillada del domingo en VALENCIA

ANTONIO CARO, CHAVES FLORES y CERVERA se las entendieron con novillos de ORTEGA y de SANTOS



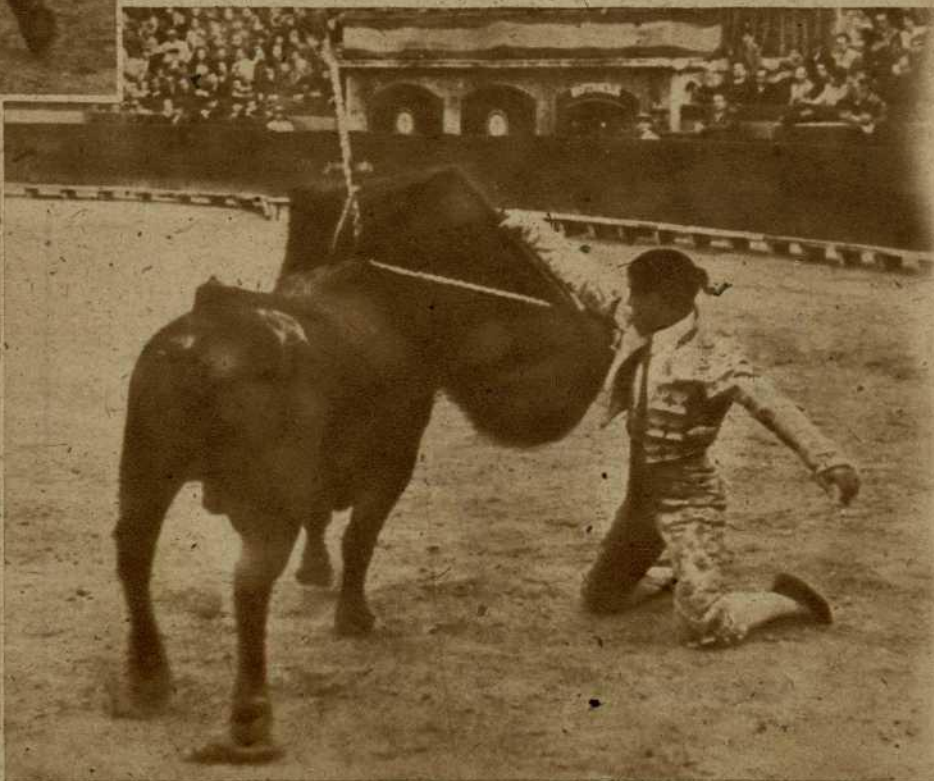
Chaves Flores deja llegar y tira del novillo con temple y maneras de buen muletero

Un lance de capa de Chaves Flores



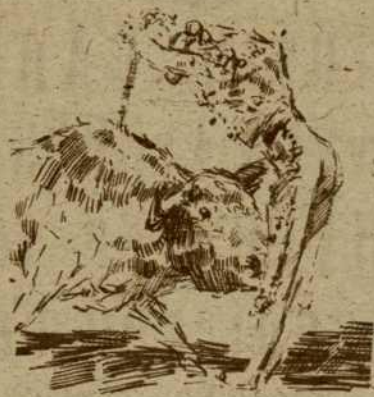
Cervera en el novillo que cerró plaza. En sus dos enemigos dió la vuelta al ruedo (Fotos Vidal)

¡Ahí va Cervera!



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Las ambiciones de los ganaderos no son tan puramente económicas como suele decirse. La ausencia de ciertos hierros famosos en la Plaza de Madrid y en no pocas ferias de fuste, está determinada en gran parte por las combinaciones de diestros. Es decir, que un ganadero bien acreditado pregunta, si es que no lo sabe: «¿Quiénes van a lidiar mis toros?» Y cuando le contestan con una serie de nombres que no le satisface, replica: «Veremos, veremos; aun no tengo nada en condiciones para su Plaza, una vez apartados anteriores compromisos; pero vuélvame a hablar al mes que viene...»

Ese plazo que el escrupuloso ganadero se fija para dar una respuesta concreta, no tiene otro objeto que observar el rumbo que en él tomaron los diestros encargados de despachar sus toros, para ratificar o rectificar el juicio que de ellos tenían formado, porque lo que no quieren de ninguna manera es que sus productos sean arrastrados, no ya con orejas, sino con un mínimo de lucimiento.

No escribo caprichosamente, sino después de haber hablado con algunos ganaderos, que se expresaron con unanimidad en estos o muy parecidos términos: «Mire usted, amigo; yo no dispongo de un gran número de corridas. Las que tengo, las seleccioné con vistas tanto al éxito económico como el de la fiesta en sí, y aunque una Empresa me las pague bien, yo no puedo dárselas si no sé que las van a torear diestros capaces de cortarles las orejas. La mayor amargura que se le puede deparar a un ganadero como yo —aunque haya cobrado su buen dinero—, es ver arrastrar sus toros entre el aburrimiento y la indiferencia del público. Cuando un torero —y de éstos hay bastantes, por desgracia— corta la faena y comienza a torear por delante y a mirar al público, como diciendo: «¿Qué queréis que haga si el toro no embiste?», la cara se nos cae de vergüenza...»

—En efecto —argüí—: estamos acostumbrados a estas escenas; pero usted sabe que el público no cree, en general, en los diestros que hacen tales cosas, y se les grita y abuchea.

—Sí —responden rápidamente—; pero el toro se arrastra sin pena ni gloria y entre la duda de muchos, que, no atreviéndose a desmentir la categoría del diestro, cargan la culpa a la desvergüenza del ganadero, porque esto es mucho más fácil que discernir las buenas condiciones del toro si el diestro se empeñó —empujado por su miedo o su apatía— en desmentirlas.

Esta realidad, que acepto con muy ligeras reservas, porque hay que dejar siempre un margen a la amistad y al compadrazgo, explica muchas cosas en apariencia inexplicables, aunque no tantas como los empresarios pretenden demostrar en la interminable cadena de subterfugios con que se suele engañar al público pagano.

Y digo esto, porque recientemente protesté, en estas mismas columnas, de que la Empresa de Madrid repitiera a Vicente Fauró y encerrara a otros dos diestros con un ganado que les tenía que llevar inevitablemente al fracaso, y ahora se puede creer maliciosamente que vuelvo de mi acuerdo, y no es así. Entre los señores Garrido Altozano o Espioja y el conde de la Corte o don Carlos Núñez, hay muchos ganaderos con fama y prestigio tan escalonados como la propia categoría de los diestros. La obligación de las Empresas está en dar a cada uno lo suyo.

EL PLANETA DE LOS TOROS

Un aficionado como hay pocos

PARA el jueves, 7 de junio de 1900, se anunció en la Plaza de Madrid una corrida de toros. Los carteles decían que se lidiarían seis toros de Palha, para Antonio Fuentes, Emilio Torres, (Bombita) y José García (Algabeño). La corrida era extraordinaria y fuera de abono. Un señor, llamado don Luis Chico Montes, estaba abonado a tres tablancillos de la grada 4.ª. Buena localidad. Pagaba como sol y casi toda la corrida disfrutaba de sombra. Costaba cada tablancillo dos pesetas con cincuenta céntimos. De manera que por siete cincuenta quedaba don Luis con su familia lo que se dice divinamente, pues se llevaba a los toros a su mujer y a uno de sus hijos por no muy cuantioso despilfarro. El lunes fué el hombre y sacó sus tres tablancillos. El jueves llegaron a la Plaza, media hora antes de la anunciada para el comienzo del espectáculo, don Luis Chico y sus dos acompañantes. Entonces, el señor Chico se enteró que la Empresa —el famoso Pedro Niembro, dueño de una carnicería que no estaba mal situada; nada más que en la Puerta del Sol, esquina a la calle de la Montera— había sustituido los toros de Palha por otros de Ibarra. El señor Chico montó en cólera. A él le gustaban mucho los toros de Palha —mal aficionado era don Luis; los ibarreños prometían infinitamente más que los portugueses—. Pero su enfado subió de punto cuando se enteró que ya no podía devolver los billetes, pues había transcurrido el plazo señalado por la Empresa, de nueve a doce de aquella mañana. ¡Ah!, pero el señor Chico no era hombre resignado. Vociferó en la taquilla inútilmente, increpó a la Empresa y anunció a los taquilleros que presentaría una demanda contra ella por incumplimiento de contrato.

Y en efecto, a los pocos días quedaba entregada la tal demanda en uno de los Juzgados madrileños. En ella reclamaba don Luis Chico las siete cincuenta. La Empresa había infringido nada menos que el artículo 1.256 del Código Civil, que dispone no puede dejarse la validez y el cumplimiento de un contrato a la voluntad de una de las partes contratantes; y como el contrato fué para ver toros de Palha y no de Ibarra, claro está que quedó roto el contrato desde el momento en que no se dió la corrida ofrecida. La Empresa se defendió alegando que comunicó al gobernador civil la sustitución, y que, de acuerdo con éste, se señaló el plazo para la devolución de los billetes. Pero al abogado del señor Chico esto no le convenció lo más mínimo, y replicó que «puede suceder que al abonado, desde su casa, se dirija a la Plaza a las cinco menos un minuto y se encuentre con dicho cambio, y no por esto está obligado a presenciar una corrida con distinto ganado de aquel que fué objeto del contrato.» El juez dictó sentencia, dando toda la razón a don Luis Chico y condenando a la Empresa a pagarle siete pesetas con cincuenta céntimos, a más de las costas, que éstas ya importarían algo más.

Si en estos tiempos hubiera algún que otro aficionado del temple pleitista de don Luis Chico, quizá se corrigieran tantos abusos como las Empresas, aliadas con toreros y ganaderos, cometen. Pero convergamos en que ello es difícil. Gente que le guste pleitear por un quitame allá esos toros no se da en todas las épocas. El 1900 dió uno. Que yo sepa, ese caso no se ha repetido. Por eso, lo aireo en estas páginas, a ver si alguien se anima, y en cuanto se descuide la Empresa de la Plaza de Madrid le pone un pleito, en el que lo de menos sea el dinero a reclamar, sino el respeto a unos derechos y a una afición.

Y volviendo a don Luis Chico, ¿hizo bien o hizo mal no entrando a ver los Ibarra, sustitutos de los Palhas? Ya digo que entre ganadería y ganadería, la de Ibarra tenía mucho más prestigio que la de Palha. Pero no sé no sé. Resulta que el señor Ibarra envió —según Pascual Millán, crítico autorizado— «seis chotos sin poder, cuatreños, desiguales y «desperdigados», como rebañaduras de baratillo.» He visto en el «Sol y Sombra» cuatro fotografías de aquella corrida, que no dudo en calificar de histórica, puesto que estoy historiando, y la verdad, los ibarreños que aparecen en ellas, de chotos no tenían nada, claro es que comparados a lo que ahora estamos acostumbrados a ver por esos ruedos. Por cierto, que en las tales fotos se aprecia un vacío casi absoluto en la Plaza. ¡Y encima le condenaron a don Pedro Niembro a devolver siete cincuenta!

Los espadas, pese al poco trapío de los toros, estuvieron fatales. Pascual Millán se mete con ellos a conciencia y con su poquito de pitorreo. Así termina su crónica: «Los tres matadores lucían uniforme color plomo con oro. ¡Plomo! Tenían que aplomarnos con su maestría y sus uniformes faenas.» Total, que don Luis Chico fué un vidente. Se ahorró la soporífera corrida. Se dió el gustazo de poner un pleito a la Empresa. Y se encontró con siete cincuenta, que, para el año 1900, no era una cantidad despreciable.

ANTONIO DIAZ-CANABATE



Antonio Fuentes



Emilio Torres (Bombita)



José García (Algabeño)

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

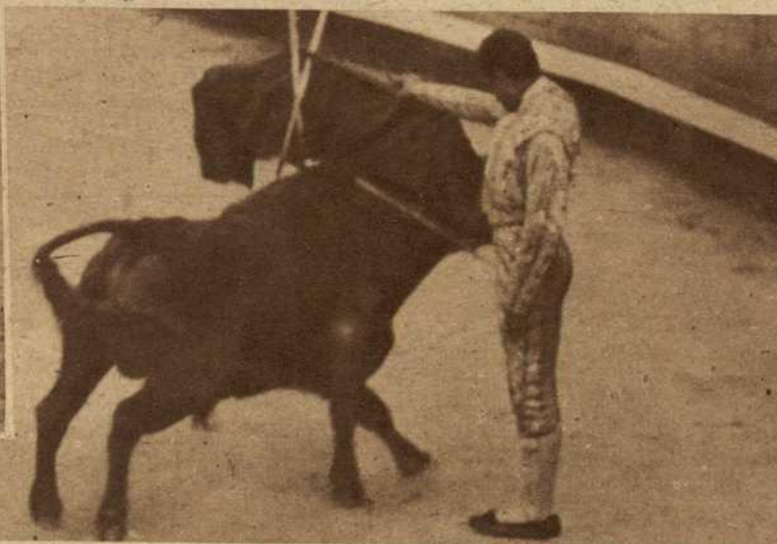
CADA SEMANA

El toreo gitano de Albaicín, lo que pone el público, un toro extraordinario y una corrida malograda



Albaicín toreando de capa

Albaicín en un pase con la derecha



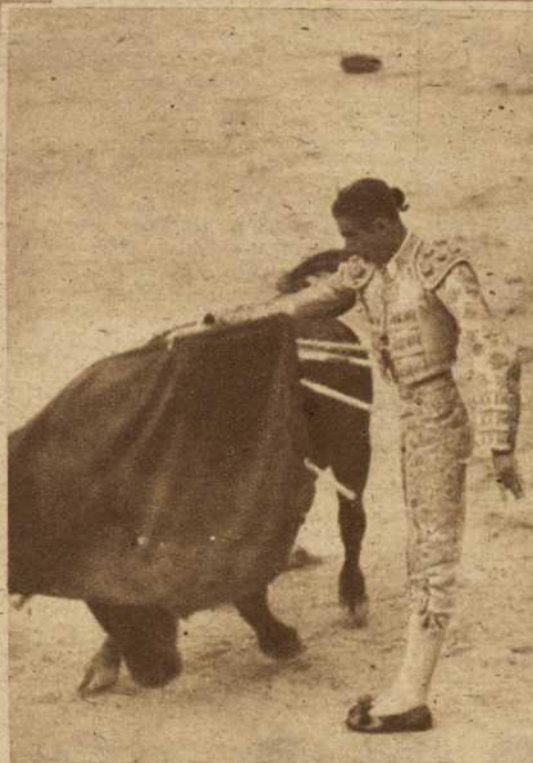
Si nos atreviéramos a intentar un ensayo acerca de este visible recrecimiento de la afición a los toros, tendríamos que ir a parar al juego de pelota, en el que no se cobran únicamente los tantos propios, sino las faltas de los demás. El hecho evidente es que, cada domingo, la Plaza de las Ventas se llena; y habrá que buscarle a ese hecho una explicación distinta que la que pudiera proporcionarnos la calidad de los carteles. Con carteles semeiantes, y aún más entonados que los de ahora, en el año anterior, el público andaba retraído, y la Empresa de la Plaza de las Ventas se lamentaba de perder dinero.

No ha surgido ningún nuevo valor taurino extraordinario; porque los ya consagrados anteriormente, y los que alumbraron con luz propia durante la temporada pasada, andan, por diferentes causas, alejados de Madrid. Entonces será necesario investigar por otras zonas. Y buscando aquí y allá es como llegamos a dos conclusiones, acaso poco fundadas, pero sobre las que cabe entablar discusión.

Una es que el público empieza a reaccionar contra quienes, por un materialismo que ni siquiera pretenden disimular, rehuyen presentarse ante la afición madrileña; y convenida ésta de que no habrá medio de hacerlos comparecer hasta que «ellos» quieran, busca entre los desconocidos o entre los que pueden volver a ser —en el toreo han existido no pocas «resurrecciones»— aquel o aquellos que acierten a suplir desdenes y desvíos. Otra causa, menos inmediata, no sería disparatado hacerla residir —en cuanto a masa de «espectadores»— en el «desinflamiento» de la afición al fútbol después de nuestros fracasos frente al equipo argentino que nos visitó este invierno y nuestros reveses en partidos internacionales. Que es bien sabido que un desacierto borra todos los aciertos anteriores, y que el vencido nunca tiene razón.

Por lo pronto, el público de toros pone ahora mucho de su parte. No ya acudiendo decididamente a la Plaza, sino con un espíritu magnífico de aplauso, de animar a hacer, de «empujar» desde el tendido.

Pudo observarse en el comienzo de la corrida del domingo. La gente tenía verdaderos deseos de que los toreros triunfasen. Se prodigó aplaudiendo; y es posible asegurar sin haber



Aguado de Castro en el primer toro, cuya muerte brindó a la artista argentina Iris Marga



El «espontáneo» de turno



Llorente entrando a matar (Fotos Baldomero)

pérbole que se llevó un verdadero disgusto cuando, porque desacertó con el estoque, no tuvo ocasión de conceder a Rafael Albaicín la oreja del nobilísimo albaserrada, que ya empezaba a pedir apenas el torero gitano se perfiló para entrar a matar.

¿Qué no hubiera pasado en otro clima y en otro ambiente, si un torero no hubiese triunfado de manera rotunda con uno de los toros más bravos, más nobles y de mejor «son» de los que, probablemente, veremos lidiar en la temporada? ¡Lástima, por el torero y por el público, que Albaicín no hubiese

completado esa fina manera de torear con la capa y la muleta —concisión, exactitud y fuerza expresiva, como se define la plástica— tal cual comenzó y estuvo a punto de terminar, hasta que, al intentar un natural con la izquierda, fué cogido, sin resultar lesionado!

Aun así hubo aplausos; y los hubo abundantes para Aguado de Castro, que, aun sin sitio, se dobló bien con el segundo y estuvo valiente y no se desanimó ante las muchas cornadas que, embistiendo siempre con la cara arriba, tiraba el animalito.

Fué también fácil observar la «rabia» de los espectadores al no poder jalearle a Rafael durante esas verónicas tan quietas y tan apretadas que da otras veces, y la frecuencia con que se echa la muleta a la mano izquierda, y su modo fácil y apretado de clavar el estoque en lo más alto del morrillo.

Mas, ¡ay!, que, aparte los diez minutos de belleza de la labor de Albaicín, el público no encontró medio de exteriorizar esa euforia con que ahora va a la Plaza, y que nos satisface como un síntoma de este visible reverdecer de

la afición. Porque, por aplaudir, aplaudía en cuanto hallaba el mejor resquicio: a David, muy merecidamente; a Escudero, al banderillear; al «espontáneo», ya bastante maduro, que se arrojó en el quinto, y al Aldeano, siempre buen picador, pero que el domingo no se sintió satisfecho de sí mismo.

Cuando se retiraba, después de despedirse de la Presidencia, un espectador le gritó:

—¡Bien, Aldeano!

Y Aldeano respondió modestamente:

—Sí. Bien mal.

(A propósito: ¿Por qué se despiden de la Presidencia los picadores y no los toreros de a pie? Se dirá que los de a pie se retiran cuando ya la Fiesta ha terminado; pero es que cuando los picadores abandonan el ruedo y se despiden, la Fiesta ha terminado para ellos también, pues cambiado el primer tercio del último toro, no hay que suponer que vuelvan a salir a picar.)

Todo esto es así. El público llena la Plaza y está contento. Después de reiterar nuestra congratulación —el público chillón es molesto—, habrá que explicárselo de alguna manera. Acaso no sea ninguna de las que hemos ensayado. Mas, por lo pronto, la Empresa es la que cobra las «faltas». Enhorabuena.

El lápiz en EL RUEDO.--La corrida del domingo, por Antonio Casero



ANTONIO CASERO

1. ¡Qué bravo y noble fué el primer toro!!...—2. Cuando Albaicín está en el ruedo, se busca sin querer la firma de Zuloaga.—3. El tercer toro derribó con estrépito y pisoteó a caballos y caballeros...—4. Viendo el apunte, se darán cuenta inmediata de que el cuarto toro fué manso de solemnidad..



Los grandes comediantes argentinos, Iris Marga y Faust Rocha, se retratan en el patio de caballos con Aguado de Castro, quien luego hubo de brindarles la muerte del segundo toro de la tarde

A VISTA DE TENDIDO

En el asiento y antes de empezar.—Rafael y un primero inolvidable.—Aguado brinda.—Picadores y "monos".—La broma del viento

HAGAN el favor de devolver el casco, porque cuesta una peseta...» «Bombón helado...» «Cacahuets...» «Falta un minuto para que empiece la corrida...» «El que asesora es Vicente Pastor...» «El Choni está triunfando en provincias de un modo bárbaro; es mi torero, ¿sabe usted?...» «¿Quiéren sentarse, por favor?...» «Es que están saliendo las cuadrillas y nos entusiasma ver el traje —malva y plata— de Albaicín y el paso nervioso de Aguado y el andar premioso y como dolorido, pero al mismo tiempo bien asentado en la arena, de Llorente, el gran peleador...» La Plaza llena es el auténtico hervidero donde se cuecen pregones y conversaciones, palabras, gritos, saludos y pronósticos. A un matrimonio le han vendido las localidades separadas, partidas por la escalerilla. Al marido le da igual; pero la señora no se resigna al momentáneo divorcio. «¿Quiero ver la corrida al lado de mi esposo!», grita. Pero el espectador a quien le sugiere el cambio se niega a ello. «Mire usted, señora, lo siento mucho; pero a mí, entradita al lado del escalón, no, porque me ponen la chaqueta perdida de pisotones.» La señora insiste, y como no obtiene éxito, apostrofa: «¿Es usted muy poco galante! ¿Qué falta de cortesía!» Y el espectador: «Diga lo que quiera. Pero a mí, la chaquetita manchada, no...» Al fin los de la banda de la derecha hacen un huequecito, y la esposa a ratos puede presenciar el festejo sin separarse de su maridito, que, en premio, la convida a gaseosa y promete no encender muchas veces el cigarrillo puro para que no apeste.

El primer Albaserrada es, como dicen los castizos, «de manteca...» «No es un toro, es un cordero...» «No te sale otro igual en tu vida», le gritan a Rafael Albaicín, siempre lánguido, musical y dramático, con la sonrisa fija, aun después del revolcón, que por cierto fué de aúpa y nos metió el corazón en un puño. Rafael se lleva la mano a la dolorida cabeza. Y surge el consejo tremendo: «¡Toma aspirina, para que se te pase!» Pero en la enfermería no deben tener eso, porque Rafael sigue en el ruedo. Y por su mano suave, sus pinturerías, su estilo y sus desplantes, por los quites chicuelinistas y por algún pase clásico de esos de «Preceptiva de la Tauromaquia», hubiera dado la vuelta de haber acertado con el acero. Lo que constituyó una verdadera injusticia es que no dieran al toro la vuelta en el arrastre. Y un momento de emoción aquél en que el Chato le sacó los dos estocades desde el callejón, acariciando primero el testuz de la fiera, que hasta en ese instante demostraba su finura y su nobleza, la buena casta, algo de lo que ya hace tiempo no veíamos.

Esa estampa de la bravura y de la rectitud del primer Albaserrada fué como la imagen bien fijada y revelada que ya no nos abandonaría en el curso de la lidia. El Albaicín llevaba la media manchada con la sangre del astado, una san-

gre más densa y oscura que todas las demás, un recuerdo «postmortem» inolvidable.

En cambio, la cabeza del toro segundo, auténtica devanadera de cornadas, puso en un brete y en más de un brete a Aguado de Castro. Hizo, eso sí, un brindis bipartito a esa pareja artística que componen Iris Marga y Faust Rocha, los grandes comediantes argentinos, que se tuvieron que ir antes de terminar la corrida, porque si no, llegaban tarde a la función del Infanta. El puntillero tardaba tanto en acertar, que por un momento pensamos: Iris y Faust Rocha no van a tener tiempo de devolver la montera. Pero al fin la devolvieron, con el correspondiente regalo y los calurosos aplausos.

El peón Barral sufrió la pérdida de la coleta y un achuchón bastante fuerte. No hizo tantos gestos ni adoptó ese aire mandón que suele usar

con frecuencia. Pero el Chato tuvo que avisarle para que cogiera un par de banderillas, cuando se empeñaba en pedir el capote antes de que el presidente cambiara la suerte. ¡Vaya un caso!

Hubo caídas de picadores a granel. Uno de los de a caballo quedó envuelto en el corcel, doblado como entre las dos tapas de un bocadillo. Y el toro pasó galopando sobre aquel revoltijo. Pero como si nada. Los «monos» actuaron con maravillosa oportunidad, «pescando» a los piqueros caídos, que parecieron siempre galápagos gigantes a rancados de su caparazón. Un «mono» fué también quien se llevó al toro que amenazaba al espontáneo de turno... Nos impresionó bastante la manera de tirar la vara de que otro piquero hizo gala en el sexto. Y al público también le agradó mucho; buena prueba

de que entiende. Por eso tal vez le gusta el toreo seco del gran luchador que es Llorente.

El viento jugó e hizo rodar sobre la arena una boina que parecía un pájaro muerto, y que seguramente había sido arrancada de la cabeza de su dueño por la mano del aire, más traviesa que entusiasta. Porque motivos para arrojarla no hubo. Esa es la verdad.

Alfredo MARQUERIE

(Fotos Baldomero)

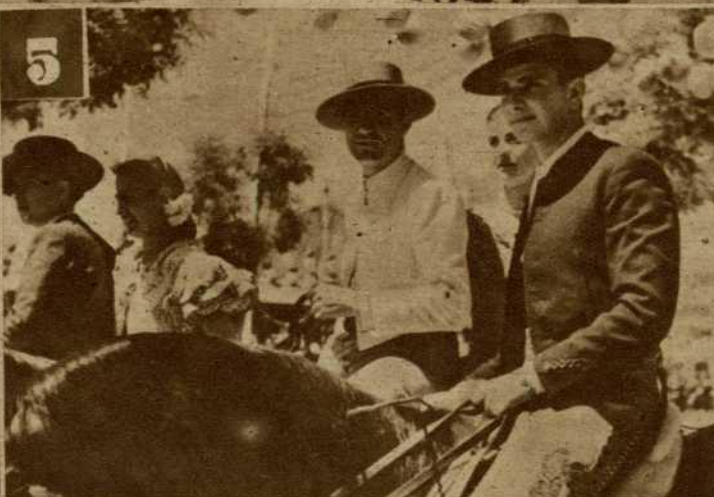
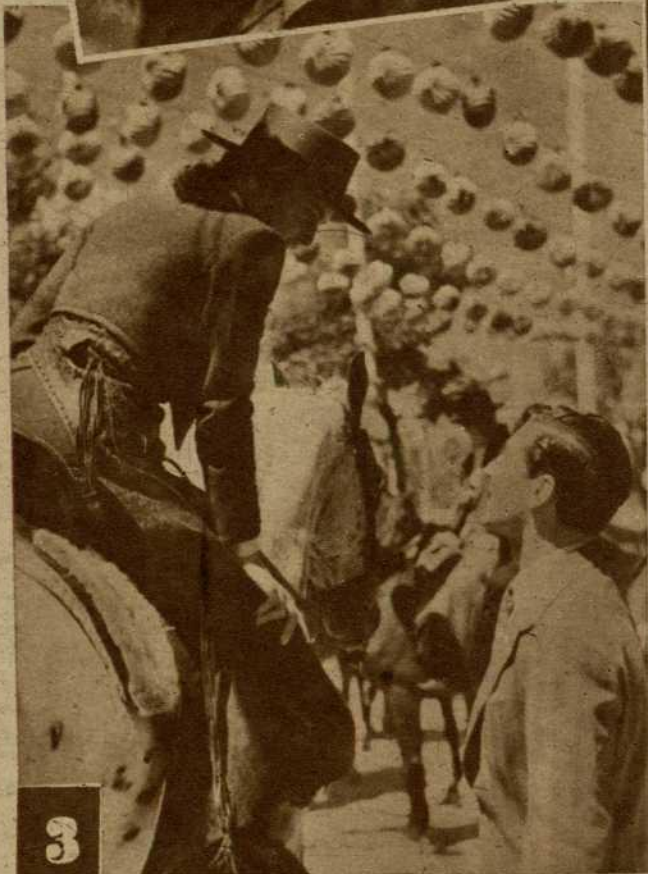
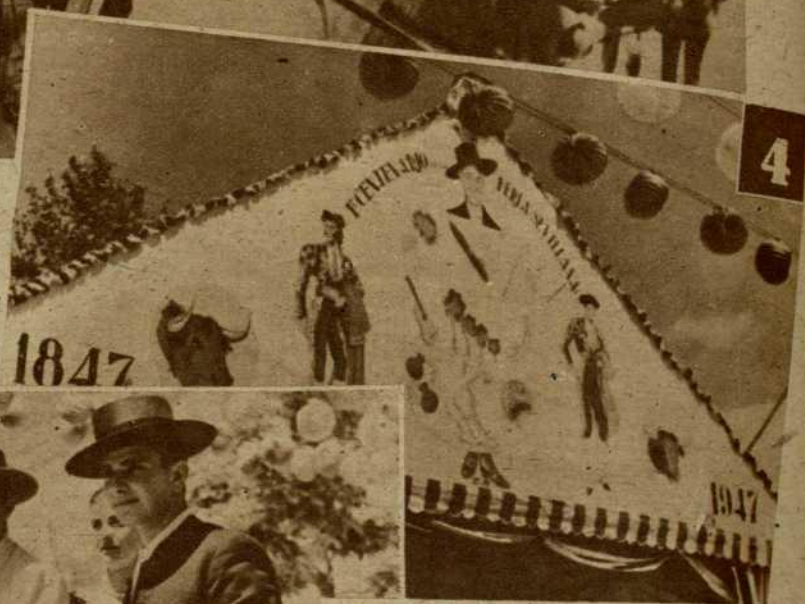
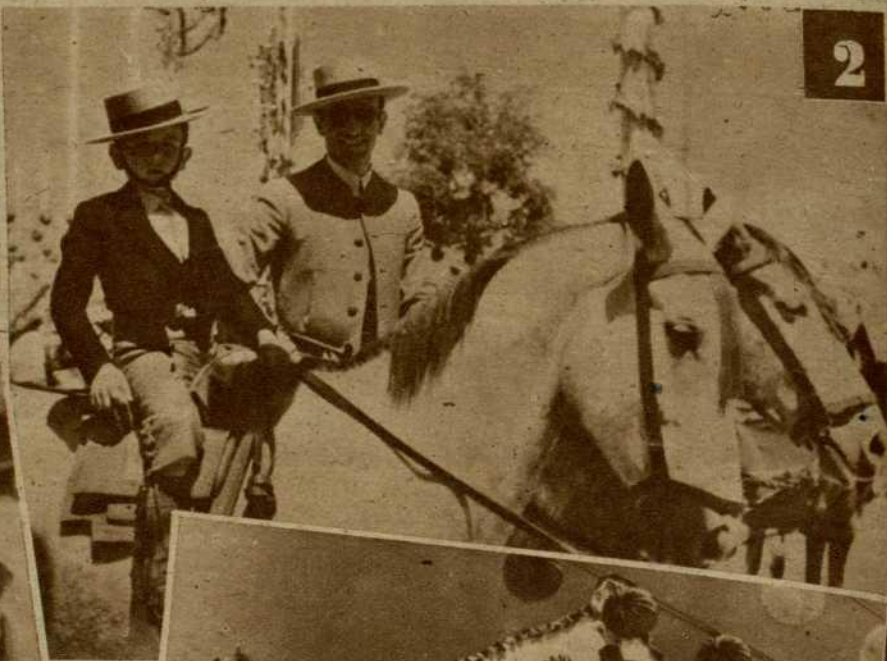
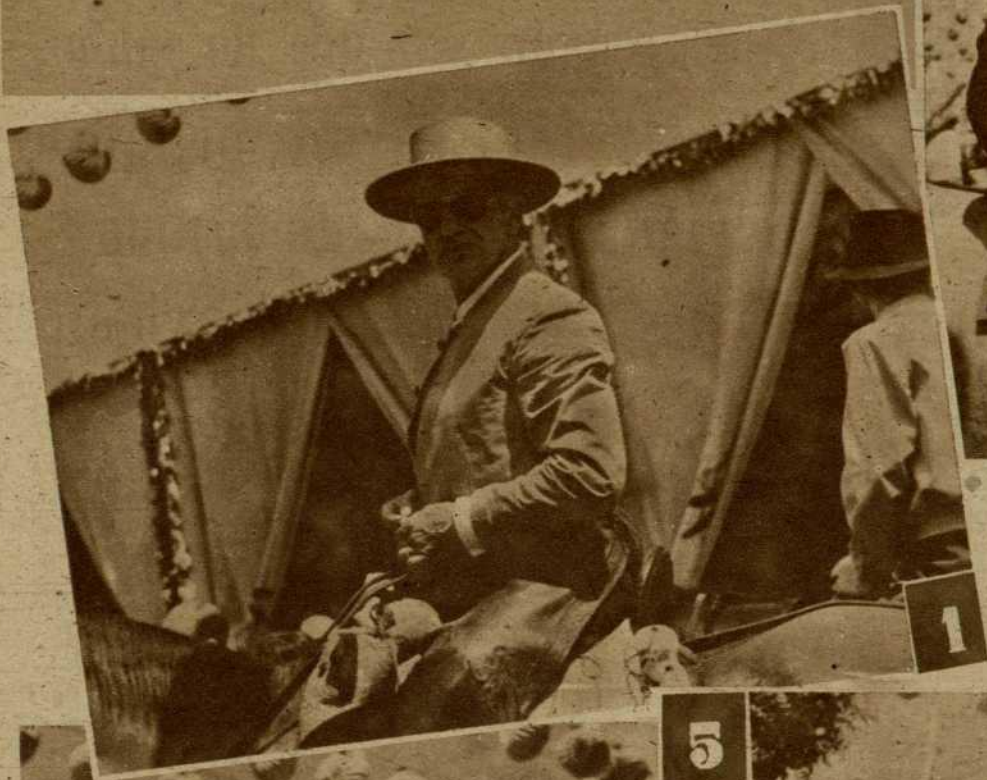


Hubo caídas de picadores a granel



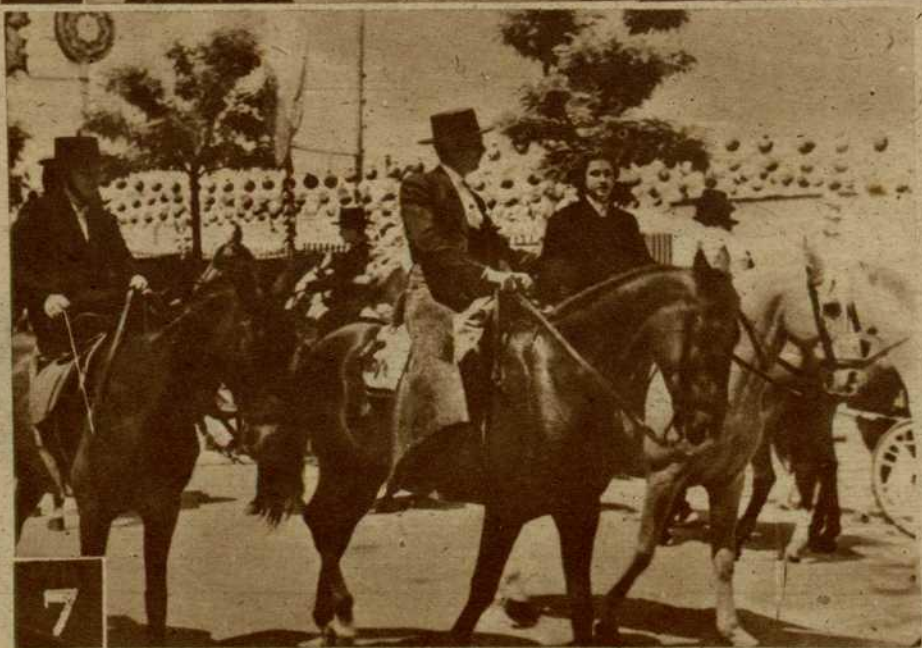
Rafael Albaicín, siempre lánguido, musical y dramático...

LA TORERIA, A CABALLO



Tradición que se mantiene viva en Sevilla, es que la torería más destacada pase a caballo durante las mañanas por el Real de la Feria. Son la nota atrayente entre los numerosos jinetes y amazonas que, vistiendo con cuidados perfiles el traje campero, cruzan despacio una y otra vez por las avenidas de las casetas.—1: Juan Belmonte.—2: Don Alvaro Domecq y su hijo Alvarito.—3: Conchita Cintrón se detiene para conversar con Antonio Bienvenida.—4: El primer premio de las casetas se ha discernido a una que aludia al tema taurino: el ambiente de los toros en las dos fechas que forman el centenario.—5: El rejoneador Pepe Anastasio.—6: Carlos Arruza charla con Cristina de Alburquerque.—7: El rejoneador sevillano Parejo Obregón. 8: Juanito Belmonte

(Reportaje gráfico de Arenas)



Los toreros heridos hablan desde EL RUEDO

VITO presintió la cornada.—MORALES ha sufrido su séptima cogida —El picador MARQUEZ se alegra de su buena suerte.—Y... los ojos de PASTORA IMPERIO

La clínica de Nuestra Señora de los Reyes, que dirige la destreza y el fervor médico de don Antonio Leal Castaños, acoge en estos días, en sus cuartos soleados y apacibles, el dolor de los toreros heridos en la feria sevillana: Gitanillo de Triana, Vito, Pepe Márquez y Luis Morales. Todos graves, pero todos llenos de esa heroica calma que da la recia vocación y la resignada entereza, fruto de la lucha y la pelea con el toro.

Hemos acudido a verles. Raimundo Blanco —centro espiritual de la afición torera de Sevilla— ofrece a los heridos la jovialidad y el buen humor de su charla efusiva, simpática y amena. Iniciamos la visita por la sala en que el Vito descansa en este mediodía, luego de la cura que el señor Leal acaba de hacerle.

«¡Osúl, cómo está estol», dice el Vito

Julio conversa con la madre de Carlos Arruza. Sabe perfectamente el valiente torero por qué le cogió el toro. Y así nos lo dice:

—Me interesa mucho decir en EL RUEDO que no me equivoqué. Yo sé que al toro le avisaba por el pitón derecho; pero también es verdad que la gente presume de saber las cosas cuando éstas han ocurrido. A pesar de saber que me estaba jugando el tipo, quise jugarlo, porque yo a Sevilla le tengo que dar una gran tarde de toros. Y ahora sueño con estar fuerte y torear en seguida. Para darle esa tarde con emoción, con violencia, con todo lo que haya que darle.

Cuando estamos en esta charla, entra Sussoni, el simpático banderillero sevillano. Actuó el día antes en La Pañoleta y trae una pierna herida. Busca al doctor Leal, y al verle la lesión, el Vito exclama:

—¿Otro? «¡Osúl, cómo está estol!» Reímos la humorada del matador sevillano y le dejamos leyendo los últimos telegramas recibidos. De Valencia han llegado más de un centenar.

—Esto no es una clínica —nos dice—. ¡Esto es una «sentrá» de Telégrafos!

Luis Morales y el picador Márquez se pasan el día alegrándose de su buena suerte

Lo primero que preguntamos al que fuera valiente matador de toros madrileño es el número de cornadas sufridas.

—Con ésta son siete.

—¿Qué impresión le hizo la cogida?

—Concretamente, ninguna. Sólo me dominaba una idea: que me soltase el toro, aunque me hiciera lo que tuviera que hacerme. Lo tremendo era estar dando las vueltas que di alrededor del pitón...

Don Antonio Leal levanta el apósito a Morales. La herida es grande, honda, radiada en cinco direcciones.

—La suerte ha sido grande —dice Morales, a quien le gusta estar muy enterado de sus heridas—, porque el pitón entró por un solo sitio y las cornadas las dió el toro dándome vueltas, cuando yo estaba hacia abajo. Gracias a esto me hirió hacia las piernas en vez de herirme hacia el vientre. Estoy muy



El picador Pepe Márquez, a quien acompaña su esposa

Gitanillo de Triana, acompañado de su esposa, de sus hijos y de su madre política, Pastora Imperio



El banderillero Luis Morales, ya mejorado de las gravísimas heridas que le causó en la última corrida un toro de don Manuel González. (Fotos Arenas)

contento de esta suerte y de la rapidez y la perfección con que don Antonio me ha curado...

Llegan también telegramas. De la familia Martín Caro, de varias peñas taurinas, de antiguos amigos, de matadores de toros. Entra la esposa del banderillero. Ya empiezan a respirar el grato aroma de la tranquilidad. Ha pasado el peligro de complicaciones más graves, y la herida tiene, a pesar de su tremenda carnicería, buen aspecto.

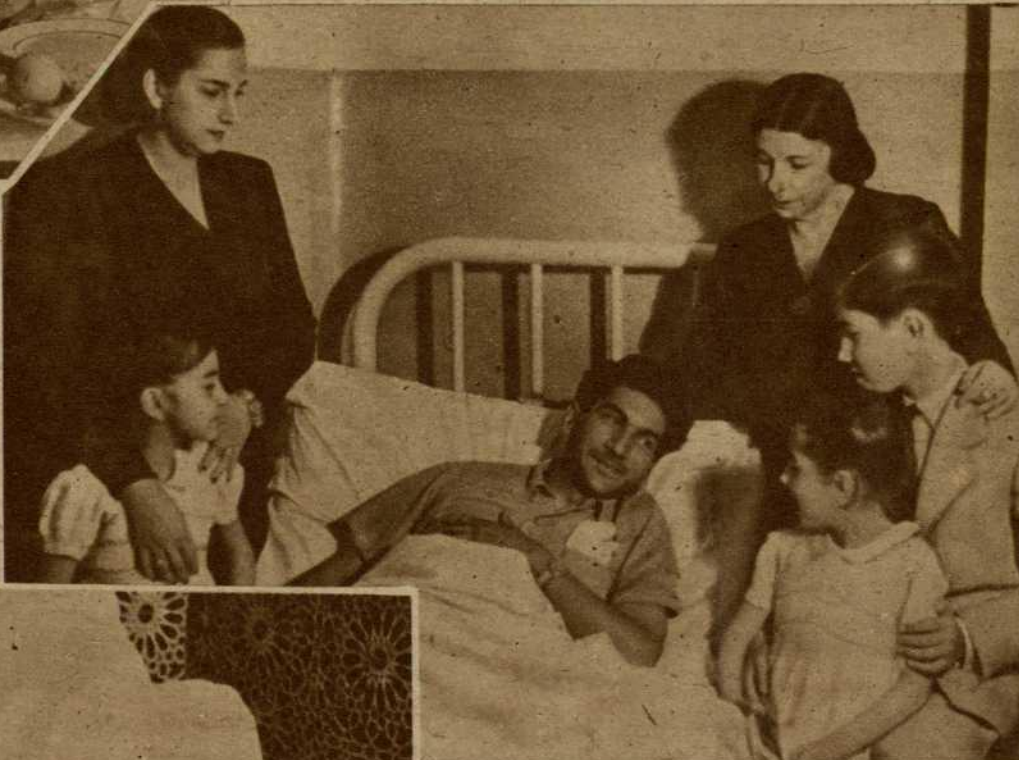
—¿Cuál fue la cornada mayor de su vida de matador de toros?

—En Madrid, el año 34, alternando con Niño de la Palma y Fortuna. Me hirió un toro de Murube de muy mala forma...

Al lado de Morales está Pepe Márquez, el picador hermano del grande y valerosísimo Pascual, de Villamanrique. Pepe Márquez está, con su señora, almorzando. Tiene el pecho vendado tenazmente. También fue una cornada con fortuna. El cuerno resbaló en una costilla y no penetró en el pecho.



Vito repasa, con su mozo de espadas, los telegramas recibidos



Pudo haber sido una cornada de gran peligro. Gracias a Dios hubo suerte.

—Los rezos de los míos —dice Márquez—, que no me faltan nunca.

Una sonrisa azul y afectuosa acoge en el picador herido nuestro deseo de pronta convalecencia.

Y salimos.

Los ojos de Pastora y los de sus hijos

En el cuarto de Gitanillo de Triana hay una estampa imborrable. Los ojos de Pastora Imperio —¿qué puede decirse ya de ellos que no lo hayan dicho todos los entendimientos del mundo?—, grandes, azules, verdes, tranquilos, están fijos en los ojos del gitano. Alrededor, los chiquillos del torero: Pastorita, Carmelita y Curro, el alegre y cariñoso sucesor en potencia. Rosario, la hija de Pastora y mujer de Rafael, cubre el dolor escondido y callado con su mirada serena y maravillosa. El cuadro es de un sabor de familia adorable. Gitanillo mira, profundamente al patio y a las brisas encendidas de luz que entran desde el cielo a la cama.

—Yo quería cuajar aquella faena. No sabes lo que es para mí cuajarle una faena como aquella a un Miura, y en Sevilla. ¡Tenía tantas ansias!...

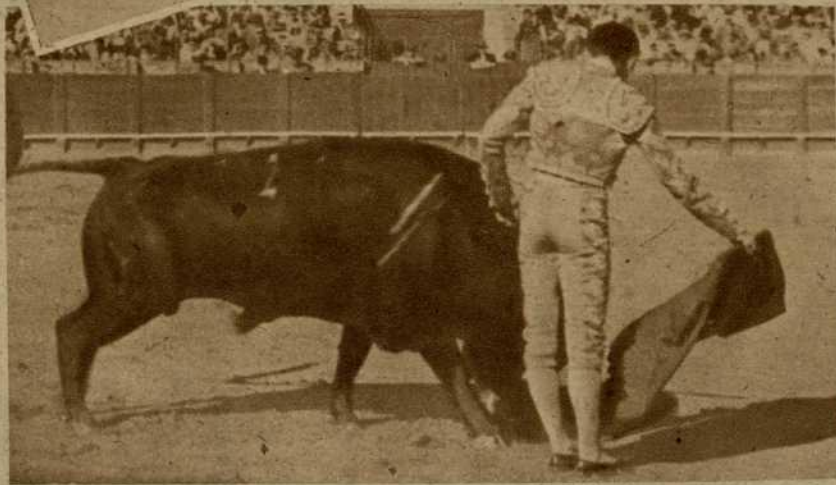
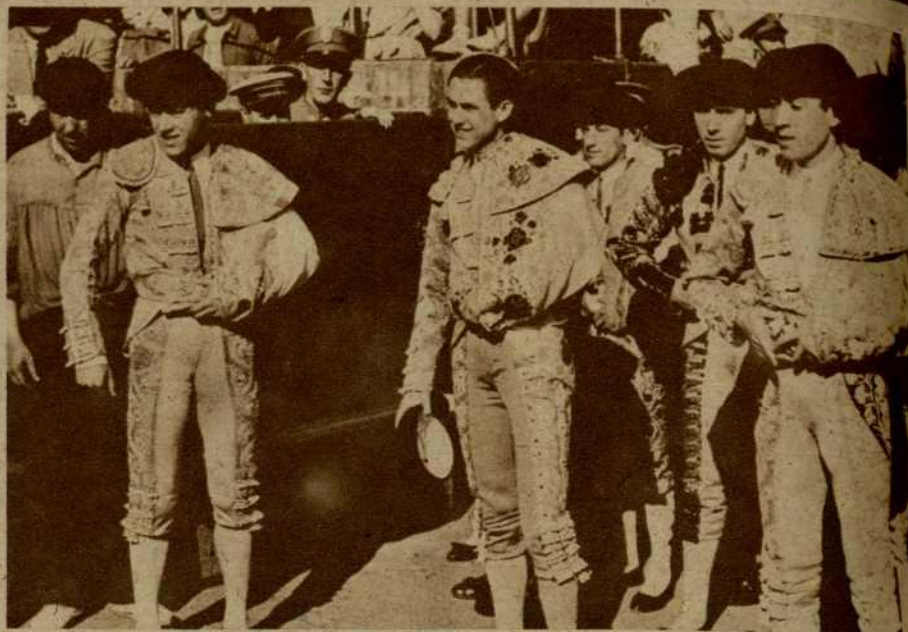
Con esto lo ha dicho todo. El cuarto está lleno de ojos: Pastora, Rosario, Rafael, Carmen, Curro. Ojos negros, celestes, tiernos, enérgicos... Y en todos ellos, sosegándolos, la luz de la mañana.

Raimundo evoca la vieja gracia de Sevilla, anécdotas y cosas de otros tiempos que él —en su eterna juventud— tiene el privilegio de haber vivido sin que el tiempo se le pase, y dejamos la clínica. Ahí quedan —atentos a los minutos, a las horas, al reposo— los toreros heridos, que saben ya del ímpetu y la soberanía de los toros que han empezado a salir a las Plazas. ¡Que Dios les ayude a todos en los retrasos que esta pausa pueda suponerles!

PACO MONTERO

Cinco de Belmonte y uno de Esteban González para Manolo Navarro, Paco Muñoz y Andaluz Chico

Paquito Muñoz, que debutaba en Sevilla, hizo el paseo montera en mano



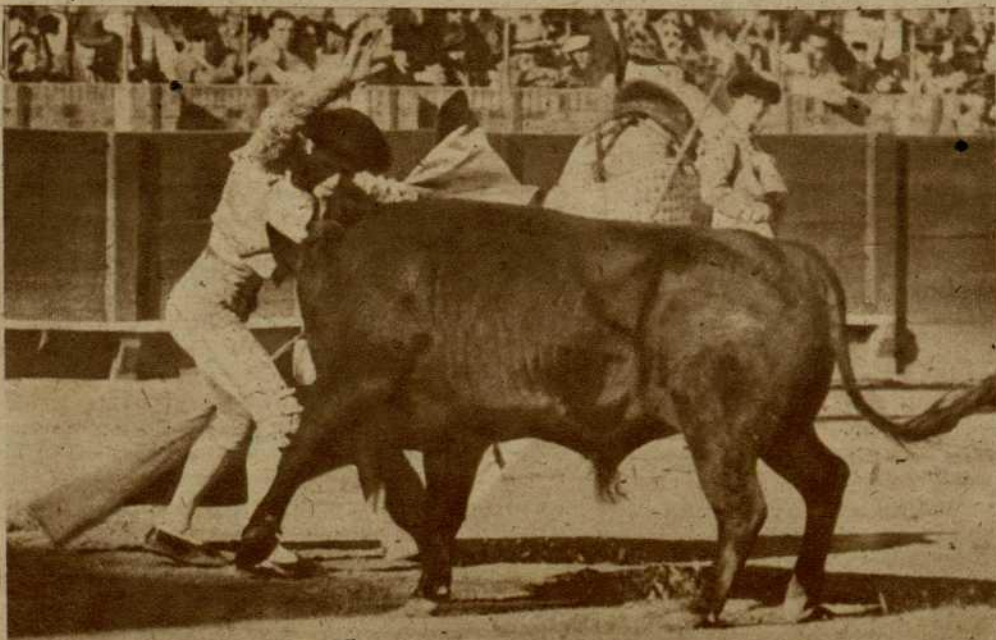
Manolo Navarro, que actuó con valor y con soltura, en un pase con la derecha

La segunda faena de Manolo Navarro —al novillo de Esteban González— la inició dando cuatro pases por alto con los pies metidos en la montera, al viejo estilo de Antonio Fuentes



Paquito Muñoz, que en su primera actuación en Sevilla no logró cuajar faena, tuvo, sin embargo, destellos de artista, como este natural con la izquierda

Un farol de Paquito Muñoz



Andaluz Chico se adorna al rematar un quite

Don Pedro Balañá, el empresario de las Plazas de Barcelona, sonríe desde su barrera en la Maestranza. ¿Es que ve en perspectiva quedarse con alguna otra Plaza muy importante?...

SELEBRARON EL MIERCOLES, DIA 23, Y EL DOMINGO

También en la última novillada de la feria hubo una cogida grave: la del banderillero Echegoyen

Se lidian reses de la nueva ganadera Maria Luisa Dominguez y Pérez de Vargas, y triunfan Manolo González y Paquito Muñoz; el tercer espada fué el hijo de Cagancho



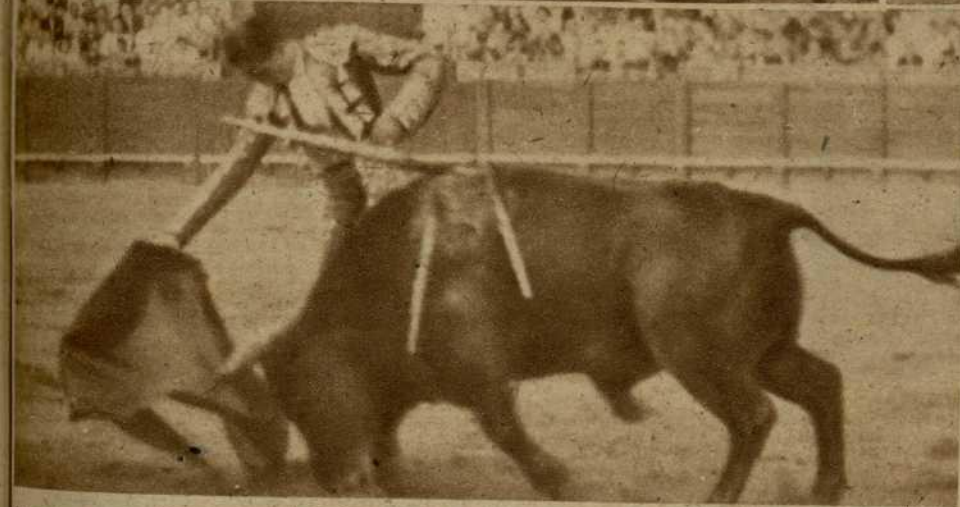
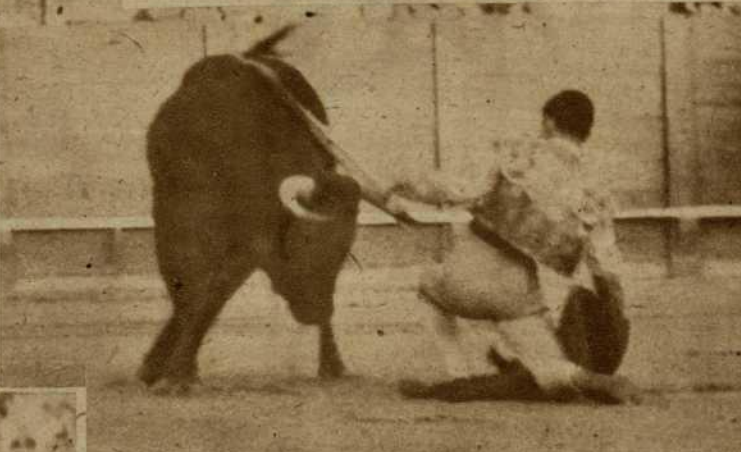
Como en la última corrida de toros, en esta última novillada de la feria ocurrió una cogida grave. Al clavar el tercer par de banderillas, Echegoyen es alcanzado y herido. Las asistencias lo conducen a la enfermería

Manolo González sufrió un fuerte revolecón; pero se atreve a abandonar el ruedo

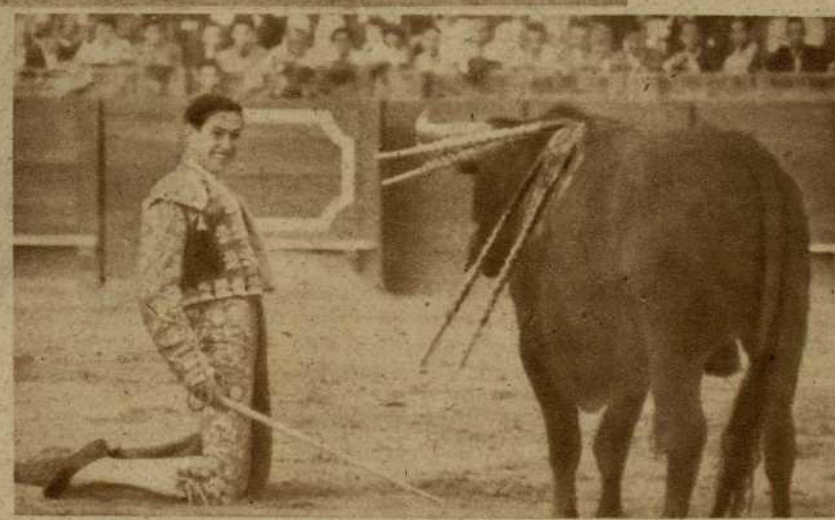


Manolo González obtuvo un gran éxito en sus dos novillos, y al terminar la corrida saltó en hombros por la Puerta del Principe. Un buen natural

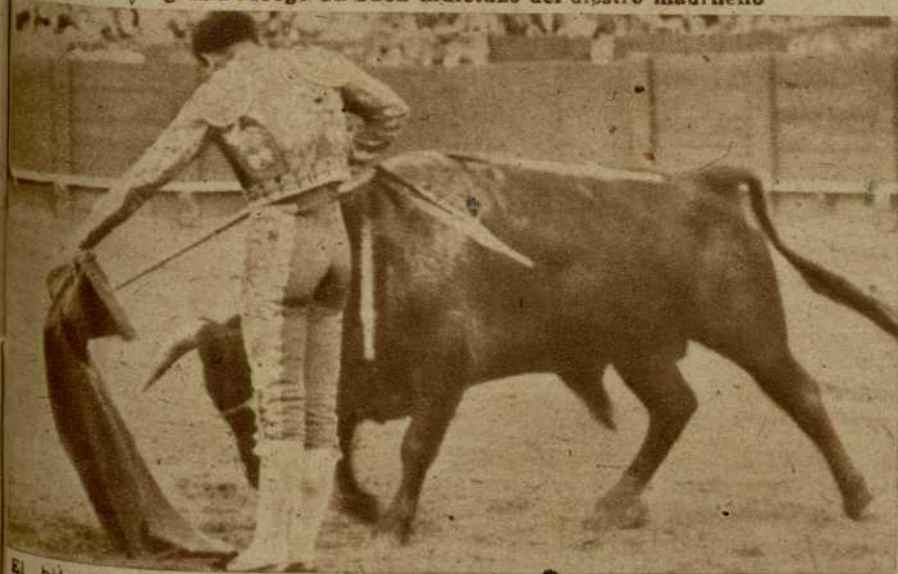
El mismo Manolo González a d e r nándose en el segundo, tel que le fué concedida la oreja



Paquito Muñoz logró en su segunda novillada en Sevilla convencer a la afición. La fotografía recoge un buen muletazo del diestro madrileño



Paquito Muñoz se arrodilla frente al novillo, del que le cortaron las orejas



El hijo de Cagancho torea con la izquierda

La rejoneadora peruana Conchita Cintrón asiste a la feria de Sevilla. Aun cuando ha regresado a España, este año no piensa torear sino en Portugal. Dice que sin echar pie a tierra sufre mucho, y que en tanto no se lo autoricen no se presentará en los ruedos españoles (Fot. Arenas)



LAS MUJERES TAMBIEN OPINAN DE TOROS

CONCHA HERRERA MURUBE, hija y nieta de ganaderos, siente afición a los toros por los toros



La señora de Campos-Guereña toreando una becerro

Doña Concha Herrera Murube de Campos-Guereña (retrato por Antonio de Luis)

EN un cortijo sevillano, en el término de Utrera y Los Palacios, entre toros de noble casta, vacas rojas, seleccionadas, y caballos de raza, transcurrieron los primeros años de la vida de Concha Herrera Murube —hoy señora de Campos Guereña—, y despertó su afición a la fiesta brava. Pero no a la fiesta desarrollada en el círculo de la Plaza de Toros, sino a la que es valiente juego de agilidad y destreza en la extensión sin límites del campo abierto. Imaginamos lo pronto que cambiaría el placer de sus juegos infantiles por el de correr a caballo, detrás de los toros, en plena dehesa sevillana. Casi en plena marisma, donde se cría el buen ganado «marismeño».

Hemos hablado con ella, en su casa, mientras mirábamos su colección de fotografías que conserva como recuerdo de la época en que era para ella una cotidiana diversión, un deporte habitual, el tomar parte en las faenas de la tiente.

Sabiendo esto, es innecesario preguntarle cuándo se aficionó a los toros.

Los ascendientes de la señora de Campos-Guereña han sido ganaderos. Ella nos lo explica con satisfacción:

—Mi padre era ganadero, no de toros bravos, sino de reses de carne y de media sangre. Tenía unas vacas escogidísimas, todas de pelo rojo. Y mi abuelo era ganadero de reses bravas. Era el famoso ganadero Murube. Hoy, esos toros, que han pertenecido a mi familia desde 1803, se llaman a nombre de don Antonio Grenijo, por haber heredado la propiedad de su madre, la excelentísima señora doña Carmen de Federico.



1937.—Cortijo «Jaime Pérez» (Las Alcantarillas, Sevilla).—Conchita Herrera Murube, amazona

El haber tenido ocasión de familiarizarse desde niña con los toros, se lo agradece a su padre y a su abuelo esta gran aficionada.

—Los caballos, los toros y la caza han sido mi diversión favorita.

—¿Y qué efecto le hizo ver por primera vez los toros en la Plaza?

—Aunque contaba entonces muy pocos años, recuerdo bien la impresión que me hizo. Me gustó, sobre todo, ver salir al toro, y cuando lo mataron me llevé un gran disgusto. Creo que hasta protesté y todo.

—¿Le gusta a usted el toro en la Plaza o en el campo?

—En el campo. Es donde está en su ambiente y donde puede mostrar mejor su nobleza. He andado muchas veces entre toros bravos y hasta les he dado de comer sin que se alterasen nada.

—Entonces, le gustará ver torear en traje de campo, ¿no?

—Cuando es en la Plaza me gusta el traje de luces. Sobre ese punto soy bastante exigente, y más cuando se trata de mujeres. Me gusta Conchita Cintrón por lo bien que se viste. El traje corto es el que prefiero y me molesta ver en las ferias a las amazonas que van mal vestidas. El ver una faja encarnada a la cintura, debajo de una chaquetilla corta, o unos claveles en el pelo bajo el ala del sombrero cordobés, me hace un efecto deplorable. Algunas muchachas, en cambio, saben vestirse muy bien: la duquesita de Montoro,

por ejemplo, y Cristina de la Maza, a quien además admiro porque es muy buena caballista.

También nuestra interlocutora lo es, aunque su modestia le impida decirnoslo. Por eso, admira y sabe apreciar el valor de una amazona.

Seguimos con nuestras preguntas.

—¿Cuál es la corrida que más le ha impresionado?

—Una que vi hace muchos años, siendo muy niña todavía, a Juan Belmonte. El famoso matador, que era muy amigo de mi familia, tuvo la gentileza de brindarme un toro. Apenas podía creer que fuera a mí a quien iba dirigido el brindis, y mientras me lo dedicaba, yo no hacía más que mirar a mi alrededor para ver a quién se dirigía. Tuvieron que asegurarme, las personas que venían conmigo que me lo brindaba a mí para que llegara a convencerme.

—¿Cuál es la suerte que más le gusta?

—La muleta, y la capa cuando torea Pepe Luis.

—¿Es usted partidaria del toro grande o del pequeño?

—No me parece un problema el que el toro sea grande o pequeño, siempre que sea noble y bravo. Para el torero de ahora está bien el toro más bien pequeño. El secreto consiste en que salga bueno.

—¿Y las puyas de las que tanto se ha hablado?

—Es una suerte que me resulta desagradable por los caballos.

—¿Cree usted que debería suprimirse?

—No. Sería descabalar la armonía de una corrida de toros; dejarla incompleta. Además, es necesario castigar al toro para que no vaya demasiado entero a la suerte suprema. Claro que no hay que castigarlo demasiado, tampoco.

—¿Qué corrida de las que ha visto le ha gustado más?

—Una que vi en septiembre de 1945, en Toledo, con Manolete, Arruza y Parrita. También recuerdo algunas de Belmonte y la de la Asociación de la Prensa de julio de ese mismo año, con Ortega y Pepe Luis. Como presencié la actuación de Pepe Luis en su última novillada, en Sevilla, y su primera de matador de toros.

—¿Qué Plaza es la que más le gusta?

—La de la Maestranza, de Sevilla. Es la que reúne mejores condiciones para el espectador, y además la más bonita, por todo; sobre todo, por el color. La arena del ruedo es amarilla. Se ve la Giralda de manera que hace el efecto de que el «Giraldillo» está mirando la corrida desde ella. Además, hace calor y parece que el calor es uno de los elementos indispensables de las corridas de toros. Sevilla concede mucha importancia a la fiesta. Hasta las muchachas pequeñas son aficionadas y a veces entendidas, y preparan sus mejores trajes para los días de corrida.

Y con esta respuesta, muy digna de una sevillana aficionada, termina nuestra entrevista con doña Concha Herrera de Campos-Guereña.



A LOS TREINTA AÑOS DE LA MUERTE DE FLORENTINO BALLESTEROS



Florentino Ballesteros



Florentino Ballesteros, en la Plaza de Madrid, perfilado para un volapié en las tablas



Florentino Ballesteros y su mujer visitan el Hospicio de Zaragoza. A la izquierda de aquella, el maestro pintor del Hospicio, con Enrique de Gregorio Rocasolano, que enseñó el oficio a Ballesteros

EXACTAMENTE el 24 de abril, hace ahora treinta años que en 1917 moría en Madrid, a las dos y veinticinco de la madrugada, en una fonda de la calle del Carmen, el ídolo de la afición zaragozana, Florentino Ballesteros. Dos días antes, el domingo 22, un toro de Benjumea, Cocinero de nombre, berrendo en castaño, bien puesto y de libras, con un cornadón en el pecho siguió el camino abierto por un toro de Urcola, en Morón de la Frontera, el 18 de septiembre de la temporada anterior. Esta cornada le había cortado su primera temporada de matador de toros, cuando estaba, cuesta arriba, en el camino de torear las sesenta corridas contratadas, en puesto inmediato a los colosos José y Juan; la segunda y última cogida se-gaba trágicamente su vida y su carrera; carrera que no fué de improvisación ni de flor de un día, sino fechas brillantes de gloria profesional para quien siempre había tenido, de su origen, las horas tristes.

Un crítico taurino local, en folleto oportunista, le denominó «El torero de la tierra»; con fidelidad en la frase, puesto que la tierra zaragozana, en impetuosa masa, seguía a Florentino Ballesteros con una admiración, apasionamiento y fervor poco corrientes en la región, en la ciudad, esquivas a rendirse ante nadie. Si las canciones de jota dicen algo, como lo dicen los refranes, no estará mal recordar ésta, justificadora de mi aserto:

«Si has adquirido gran fama
y naciste aragonés,
tu obligación es morirte
pa que te alaben después.»

Con Florentino Ballesteros ocurrió la excepción. Antes de llegarle la muerte, le colmaron —le colmamos, mejor, que yo fui ballesterista entusiasta, y su época tiene en mí el perenne verdor de un recuerdo próximo— de alabanzas y de ayudas. Sin que faltasen —¿y cómo no?— los de la alabanza póstuma, antes sembradores de espinas en el sendero que le llevaba a desembocar en el amplio camino real de la gloria indiscutible. Un semanario de vida dura y seria, «El Chiquero», que este artículo ya es historia y no hay por qué escamotear el nombre, equivocadamente dirigido por don Manuel Velilla, hizo campaña sañuda contra el torero, apenas apuntó sus excelentes condiciones en las novilladas sin caballos. La campaña dió disgustos a Ballesteros y ballesteristas, siquiera no fueran flojos los que el periódico se llevara, y con el periódico, los que lo redactaban. Incluso «autos de fe», con quema de ejemplares, se realizaron.

Otro ejemplo de excepción podríamos recordar con la novillada organizada por cierto Club taurino, que, a su vez, publicaba un semanario poco adicto, con unas reses de Palha que metían espanto incluso para los que se arriman desde el tendido. Era primer espada, con Florentino, otro novillero que había tenido un juicio despectivo para el diestro zaragozano. Una «organización», pues, con ánimo de quitarle la cabeza al de la tierra. Sin logro del propósito para los organizadores «ingenuos»; la cabeza que se quitó no fué la de Florentino, sino la de uno de los toracos lusitanos, que medía no recuerdo ya cuántos centímetros de cuna, con el fin de disecarla en recuerdo de la brillante faena y de la soberbia estocada en tablas.

¿Fué, acaso, obcecación lugareña el apasionamiento ballesterista? A treinta años de distancia de aquel volcán en erupción, os afirmo que no. Florentino Ballesteros fué un gran torero, de maneras ajenas a las acostumbradas entre la totería regional, propicia a las formas valerosas y toscas, en bruto, podríamos decir, innatas en nuestro carácter, mecido por un viento que es ventarrón. La manera de torear de Florentino era como la de los de «Despeñaperros para allá», como se les distingue a los andaluces; un toreo suave, alado, sin violencias, de alegría y gracia ingénitas. Si Ballesteros hubiera sido únicamente un valor regional, se hubiera hundido al traspasar las fronteras del paisanaje. Y no ocurrió así; al contrario. Precisamente, en momentos en que los impacientes se enfriaban porque creían que el encumbramiento de Ballesteros no había llegado con la rapidez que supusieron, vino aquella actuación triunfal en Madrid, el 25 de julio de 1915, la de la primera oreja cortada por un novillero —y rectifico, sin molestias, a Pacorro, que recientemente citó como precedente la suya—; oreja cortada en unos tiempos en los que se concedían de higos a brevas, y únicamente a los matadores de toros de más campanillas. Desde ese día de Santiago, Florentino entró en la categoría de novillero puntero, con puerta abierta para tomar la alternativa a comienzos de la temporada siguiente, y no de cualquier manera: en la Plaza de Madrid, en día laborable, y concedida por Joselito. Eran tiempos en que todos estos detalles se pesaban. Después, ya está dicho, su primera temporada de matador de toros, en inmediato número de funciones a las dos enormes figuras de la Fiesta, que todavía no han sido superadas. Los triunfos de Florentino Ballesteros ya no eran zaragozanos exclusivamente; eran de España entera.

La gran cornada de Morón acentuó la tristeza natural de Florentino. Su sonrisa de agradecimiento a las enhorabuenas al reanudar prematuramente la temporada de 1917 en Barcelona, Valencia y Murcia, por creérsele totalmente curado y con ánimos para la lucha, era, más que sonrisa, un gesto de presentimiento.

Presentimiento de realidad tan inmediata que en seguida vino la cornada de Cocinero y la muerte un poco después de las veinticuatro horas. El entusiasmo que siempre le había acompañado de sus paisanos, la incorporación de la masa a la fama ballesterista, se cerraba con la asistencia del «todo Zaragoza», a pie, en coche, desbordando calzadas y aceras, en los balcones, al traslado de los restos del pobre Florentino al cementerio católico de la ciudad. Quien no presenciara hace treinta años la manifestación demostrativa de un sincero dolor, no puede imaginársela. Constituyó una señalada efemérides de la vida local.

La admiración ballesterista irradiaba tanto calor que, transcurrido sobradamente el cuarto de siglo, si algún aficionado de posterior generación interroga a la aparición de un torerillo aragonés de escuela fina:

—¿Era así Florentino Ballesteros?

Siempre, los que le vimos y le admiramos, hemos de contestar: «No; no se parece a Florentino. Si lo hicieron en molde, después de hacerlo a él, el molde quedó roto.»

DON INDALECIO

El peligro de la uniformidad



ES lógico. Lo que hace triunfar determina una escuela, es señuelo, incentivo. En Arte ha ocurrido así siempre. Un estilo, si gana los mejores laureles, tendrá seguidores. La imitación es fruto del más noble estímulo. También se puede decir que es el camino franco, abierto, por lo menos, en una inevitable forma de sugestión, que a veces es engañosa, porque tiene más de espejismo que de realidad y conveniencia. En el torero, lo fundamental es la personalidad. Pero torrear es un arte, y el artista no sabe escapar a ese tipo de sugestión. Sobre todo, no puede desprenderse de la inclinación a unas emulaciones que fomenta el licito deseo de subir, de llegar, de ganar. En lo individual, el fenómeno es explicable. Como resultado, para la Fiesta y para el público, es mal asunto. Se ha llegado a uniformar de tal modo el estilo de la lidia, que más que el de éste, o el otro, o el de más allá, con una diversidad según los ejecutantes, hay que

hablar de la forma de antes, de la de ahora y de la que puede llegar. Es natural que las épocas marquen formas y se caractericen por distintos derroteros. En pintura, en escultura, en las letras, ha ocurrido así. Pero siempre conservando esa variedad que es la que alimenta los prestigios personales. En la actualidad, se torea casi lo mismo. Por todos o casi todos. Y esto es un perjuicio, porque se anulan los contrastes. Si hemos de ver una serie de mulatazos, con la sola diferencia de la mayor o menor soltura, habilidad, garbo o valentía, pero con una ordenación muy semejante en las faenas, llegaremos a acortar los motivos esenciales de belleza y de interés que pueden ofrecer las corridas. Y más singularmente, las competencias.

Es grave que, en este camino de la uniformidad, que es reducción, excesivo simplificar, se haya llegado también a una forma que podemos llamar de patrón único para lo negativo. Porque, hablando sinceramente, ¿qué estilos hay ahora con la espada? Muchísimos lidiadores que no alcanzaron fama de diestros —en la verdadera acepción, no en la profesional del vocablo— al manejar la capa y la muleta, llamaban la atención de los espectadores por su arrojo y maestría en la suerte suprema. ¡Ay aquellos tiempos en que se la denominaba así: suprema! Se ha ido perdiendo el sentido de las cosas. Se premian ahora faenas preciosistas, magníficas si se quiere; pero que se rematan con deleznable intentos en el momento culminante; pinchazos, feísimos estilos para acometer con la espada, suma interminable de descabellos. El público discierne una especie de indulgencia, que viene a ser olvido de lo que importa la suerte final. Y esto demuestra que, siendo todos, casi todos, malos matadores —no se olvide que el nombre lo da el ejercicio de la muerte de los toros—, se ha aceptado, también en esto, la uniformidad que viene empujando la lidia. Claro que el ánimo se deprime, que el gusto se tuerce, que la pasión decrece. Si no ha habido ya un movimiento general de desvío es porque, entre todos, espadas, subalternos, regidores de negocio, comentaristas y público, éste es el que menos ha perdido la fección. Lógicamente, los más aficionados, por amor al oficio, por gratitud a lo que la profesión da —que en esto sí se avanza vertiginosamente—, deberían ser los artistas. En otras actividades del arte, para el que crea y realiza, la hora grata es la de concebir, la de forjar. Lo otro, fama, dinero, sitio, es la compensación, y viene por añadidura.

La gracia, el encanto, lo meritorio, lo importante, ha sido la diversidad. Cada torero, su estilo. Y por ende, su personalidad. Un torero puede ser sobrio, limitado, corto; pero tener un modo tan peculiar en la ejecución, en la figura, en la agilidad, en el dominio, que le singularicen. Otro será multiforme, con el destello genial de las improvisaciones, sin que el espectador sepa nunca lo que va a hacer. Otro, medroso, menos impávido, dispondrá de la gracia, de la riqueza de recursos, de la maestría que le permita intentarlo y lograrlo todo. Aquel, inimitable con el capicillo, compensando otras deficiencias. El que no pueda ofrecer una majestuosidad para parar y llevar torreadas las reses, la bravura con la espada, el certero estocónazo, la práctica del volapié que emociona, que sugiere a las multitudes. Así, en una corrida con tres matadores de diversa escuela y estilos, todo un mosaico de formas y matices. Pero, desgraciadamente, todo esto ha derivado a unos cánones que varían muy poco. La misma iniciación, los mismos pases, la faena igual, la actitud uniforme, y luego la suerte que cierra, también equiparada en su lamentable descenso, en su general deformación.

¿Por qué? ¿A qué se debe que las cosas sean así? La razón es el espíritu mercantil que ha invadido ruedos, tertulias, pensamientos y ambiciones. Un torero —no hay por qué nombrar a nadie— ha ganado preeminencia y beneficio con su estilo. Los demás —salvo excepciones— piensan: "Ese es el camino." En lugar de decirse: "Yo tengo el mío." Y lo siguen, lo imitan. Claro que no siempre con la belleza, maestría y soltura que al creador le diera su personalidad. Ahora que tanto se habla de pléitos, de decadencias, de malos negocios, de componendas y dificultades, de honorarios y tarifas, ¿no sería bueno y útil preocuparse un poco de los estilos? Claro está que éste es un tema que no se puede discutir en asambleas, a las que actualmente son tan propensos los artistas —ni Frasuelo, ni Lagartijo, ni el Guerra tenían necesidad de tantas reuniones, pactos, acuerdos y compromisos burocratizados—; pero, ¿no cabría que cada uno, individualmente, pensara un poco en la trascendencia de una evolución y en la mala trayectoria que se está siguiendo?

Sin pretensiones de dogmatizar, sólo como buen aficionado, y en la creencia sincera de que esto de la uniformidad —al fin, de lo que se trata es de torrear bien y de que el público no se enfrie, ni se vaya a desviar, más de lo que está— es un peligro de mucha importancia, dejo apuntadas estas ideas.



EUGENIO NOEL

Y aquel hombre, en cuyos sesos tod el genio secular de Aragón había labrado el porvenir de España, levantó la piedra de su tumba, y erguido en ella, me habló así: "Necesitamos un cirujano de hierro. Vete por toda España gritando esas palabras, únicamente esas palabras."

(NOEL: Pan y toros, pág. 225.)



ESPAÑA había perdido su Imperio colonial en 1898. El pueblo español, sin conciencia de su historia, apático y dormido, no reaccionó contra los que le llevaron al desastre. Era el pueblo moribundo de Chamberlain, la España sin pulso de Silvela. Y como de algún modo había que explicar la catástrofe, he aquí que el terrible peso de la culpa fué lanzado sobre dos víctimas propiciatorias: La marcha de Cádiz y las corridas de toros. "Edison ha vencido a Frasuelo", se dijo entonces.

Para comprender a Eugenio Noel es necesaria la previa comprensión de este momento implacablemente histórico. El futuro detractor de la torería era entonces un mozalibete autodidacto, propenso a toda sugestión generosa. Como el caballero de la Mancha, pasábase los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio leyendo a Costa, a Ganivet, a Unamuno y a otros tales. Hasta que un día, saturado de altivos pensamientos, embrazó la adarga, toda fantasía; enristró la lanza, toda corazón, y, nuevo caballero de la Triste Figura, se lanzó a los campos ibéricos para combatir por su Dulcinea (España) contra las corridas de toros, y su derivado, el flamenquismo corruptor, *sifilis del alma*, según él. Séanos permitido, sin embargo, insinuar que, sin la rota de Santiago de Cuba y de Cavite, quizá hubiera sido Noel un buen aficionado a toros.

Era bajito, rechoncho; usaba chalina y calzaba leguis. Su cabeza era interesante, fina, intelectual. Sabía sacudir la melena en los momentos oratorios. "La melena —decía— no da talento al que la lleva; pero es un buen adorno para el cráneo." "Un león sin melena es la imagen de un gato." Y así, melenudo y trágico, su audacia moral no retrocedía ni ante el ridículo. Antes de su primera salida expresaba así su estado de ánimo:

"Necesitamos una hora de calma. España está muy mal; pero es preciso que cambie en breve plazo. Y esa obra es nuestra, la tenemos nosotros que realizar." Y concluía: "La salvación de España es una necesidad cerebral."

Y así, ungido por la sombra del León de Graus como cirujano de hierro, recorrió España de punta a punta. Dió conferencias en ciudades, pueblos y aldeas. Arrostró la indignación de los públicos hasta en los tendidos de las Plazas de Toros. Pero, ¡oh dolor!, no fué tomado en serio. *No le llevaron el apunte*, como se dice en la Argentina. Su desencanto le hizo decir: "Es imposible, en España, convencer a nadie. Después de una conferencia os estrechan las manos hasta fracturar los carpos; pero después olvidan."

No obstante, reacciona como Don Quijote y exclama con imponente orgullo: "Los obstáculos y los fracasos son el más preciado galardón."

Como habla en nombre de España y de la cultura, los auditorios, aun los más taurófilos, tienen con él una comprensiva tolerancia. Esto, aunque le exaspera, porque no le basta, le hace cantar victoria en el capítulo de *Piel de España* titulado *Yo solo*:

"La Fiesta Nacional agoniza... He jurado arrancarla de la raza. Hay necesidad de que no exista para conseguir el triunfo absoluto de la cultura. Solo, enteramente solo, más solo cada vez, cada vez creó en la victoria más. He sabido denunciarla con palabras que no se olvidan tan fácilmente. Ha sonado mi voz hasta en los pueblos más pequeños. Infernales, y os dirán que he convencido a miles de personas. Mi nombre se ha unido inseparablemente a estas fiestas, y mi nombre bromará esas fiestas con la paciencia y energía de los insectos."

¡Poder de la ilusión! ¡Pretendía acabar el soló con la Fiesta Nacional, justamente en el momento cumbre de Joselito y Belmonte! ¡Soñaba con el triunfo allí donde fracasaron la Católica Isabel y el Papa Pío V, hoy en los altares! ¿Qué diría el sincero enemigo de la Fiesta si abriera los ojos a la presente realidad?

La gesta de este hombre, errónea o acertada, se nos antoja respetable, porque toda empresa del espíritu lo es. Pero cuando la pasión nubla el ánimo y la prudente censura se mancha con el desbarro de la afrenta, el reproche adecuado también es respetable. Y Noel lo merece cuando villipendia a la mujer de su raza por el hecho de asistir a las corridas de toros, cuando denigra y niega el valor palmario de los toreros y cuando llama al espectáculo *fiesta canalla*, baldón, lepra, letrina y foto de infección. Todo ello lo pasamos por alto, porque las palabras desorbitadas son inofensivas al invalidarse por sí mismas.

Pero lo que no podemos pasar, por notoriamente falsa, es aquella su afirmación de que las corridas de toros carecen de belleza. Si hay algo indiscutible en ellas es su belleza plástica rotunda, luminosa y hasta salvaje, si se quiere; pero belleza al fin. Esta bella emoción ha sido proclamada aun por los viajeros más hostiles, Noel, en cambio, al negarla, niega a los poetas, desde Zorrilla a Machado, y a los pintores, desde Goya a Roberto Domingo. Pone en la picota como símbolo el traje de luces y lo infama con dicterios como éstos: "Artísticamente, ese traje es un adeseño, una corrupción carnavalesca." "Las mujeres lo copian porque se cifie, se adapta y sirve para enseñar las formas de un modo lúbrico." "España enmudece de emoción y espanto ante ese traje de dentajuélas." "Por ese traje hemos perdido las colonias, el dominio del mar, las batallas y la dignidad."

¡Pobre traje de luces, o de luz, tan original, tan característico, tan conforme a un fin y tan responsable de tantas cosas! Su polifonía radiosa rima con el iris y destella con el sol en el oro de la tarde... ¿Noel no lo veía? Convengamos entonces en que el flagelador de la Fiesta padecía la deficiencia constitucional que los biólogos llaman *acromatopsia* o ceguera para los colores.

Año y medio de vida cuenta el CLUB TAURINO PEPE LUIS, de Zaragoza

Lleva realizada una gran labor, que se condensa en el impulso dado a la afición zaragozana

AÑO y medio lleva de vida el Club Taurino Pepe Luis, y tan prósperamente se desenvuelve y es tan copiosa su labor en favor de nuestra Fiesta, que cualquiera, al juzgarla, pensaría que la existencia de esta agrupación tenía su origen en fecha mucho más remota.

Hemos visitado, el Club Taurino Pepe Luis en diferentes ocasiones, y siempre hemos encontrado allí animación y cordialidad y entusiasmo para exaltar los valores de la Fiesta española.

Era justo y obligado traerlo a estas páginas de EL RUEDO, que se complace en alentar el fervor taurino de estas Sociedades y peñas diseminadas por España.

La idea de crear este Club nació en su actual presidente, don José Blesa, a quien le parecía incomprensible que una ciudad como Zaragoza, de una tradición torera tan arraigada, no tuviera un centro o tertulia de carácter totalmente taurino.

Cambió impresiones con varios amigos también aficionados, entre ellos los señores Sarto, Murillo, Citoler, Bonilla, González y Montañés.

Todos convinieron en la necesidad de realizar la idea del señor Blesa, y sin demora quedó constituida la Comisión organizadora, que tuvo la fortuna de coronar las primeras sesiones con un éxito completo.

Se trataba de encontrar un local adecuado para el Club que iba a nacer; un local que estuviera en lugar céntrico, con atractivo y comodidad para el aficionado. Y se halló nada menos que en el paseo de la Independencia y anejo a un bar acreditado.

La empresa no podía comenzar bajo mejores auspicios.

El segundo paso, tras la tramitación pertinente, fué el nombramiento de la Junta



El diestro Pepe Luis recibe el título de presidente de honor. Entre él y Lalanda, don José Blesa, presidente del Club



Un día en que la tertulia taurina ha estado animada: charla de toros, chatitos de «allá abajo» y con la guitarra soleares y jota



Pepe Luis, en la corrida de Beneficencia celebrada en Zaragoza el año pasado, ganó un capote de paseo. Por delegación suya, convertido el capote en manto, es ofrendado por la Directiva del Club a la Virgen del Pilar

Directiva, que quedó constituida así: presidente, don José Blesa; vicepresidente primero, don Juan José Sarto; vicepresidente segundo, don Samuel Molina; tesorero, don Austregesillo González; contador, don Orencio Citoler; bibliotecario, don Mariano Murillo; secretario, don Tomás Bonilla; vicesecretario, don Inocencio Noguerales; vocales: señores Soteras, Ungil, Montañés, Baquedano, Gutiérrez y Barriero, actuando como asesor de la Junta Directiva don Manuel Lafuente.

Al poco tiempo de constituirse la Directiva, ya eran ciento cincuenta los socios del Club; cifra que ya ha subido a doscientos.

La inauguración de los locales de la nueva Sociedad taurina se hizo el 11 de octubre de 1945.

Uno de los primeros acuerdos de la Directiva fué nombrar presidentes de honor a don Eduardo Baeza, actual gobernador civil de Zaragoza; al marqués de la Cadena y al diestro Pepe Luis, y socios de honor a los críticos taurinos de la localidad, a don Alejandro Sánchez y a don Pascual García Santandreu.

Darle al Club el nombre del torero del barrio de San Bernardo fué por que, aparte de las simpatías de que disfrutaba en Zaragoza este diestro, los organizadores y primeros componentes de la nueva agrupación coincidían en la admiración hacia él.

Entre los beneficios conseguidos con la creación del Club Pepe Luis, ponemos en primer lugar el haber puesto al alcance de los aficionados un lugar de tertulia en el que el tema taurino puede desarrollarse en el ambiente adecuado.

El Club Pepe Luis está decorado con mucho gusto, y abundan curiosos ejemplares de cartelería antigua y moderna y fotografías de varios toreros.

En el Club se han dado interesantes conferencias, y es propósito de la Directiva no cejar en este procedimiento de divulgación taurina, que enseña y alienta al aficionado.

El Club ha sido visitado por destacadas personalidades del mundillo taurino, como el conde de Colonna, don José María de Cossío, los ganaderos Samuel Hermanos y Concha y Sierra, el poeta Rafael Duyos y los toreros Andaluz, Luis Miguel Dominguín, Moronito de Valencia, Luis Mata y otros muchos.

La biblioteca del Club cuenta con una buena lista de libros y publicaciones y la suscripción a las revistas taurinas, comenzando por EL RUEDO.

Entre los actos, todos de gran realce, organizados por el Club Pepe Luis, figura entre los más destacados el ofrecido al diestro aragonés Luis Mata en

homenaje por su triunfal campaña en Méjico.

El Club ha estado siempre atento a socorrer en sus días desdichados a los toreros y aficionados modestos.

Entre sus fiestas más destacadas está la que se celebró con motivo de su visita colectiva a la ganadería de don Nicasio Casas de Alfaro.

Entre sus proyectos, que son muchos, todos con la plausible finalidad de enaltecér la Fiesta Nacional, figura un festival con el concurso imprescindible del torero que da nombre al Club.

El pensamiento de la agrupación en lo que respecta a la pureza y honradez en los procedimientos de nuestra Fiesta, después de oír a los elementos más destacados de su seno, se puede condensar en esta frase breve y expresiva:

«Que se cumpla taxativamente el Reglamento y que los toreros que más cobren sean los que toreen los toros de más edad y más peso.»

En el sentido de esta frase rotunda y tajante se comprende lo grande del espíritu de afición y justicia que anima a los componentes del Club Pepe Luis.

Para ellos nuestro aplauso.

ANTONIO MARTIN RUIZ



Los toreros que van a actuar en el festival llegan a San Martín de la Vega. Hay que ir a pie, con las maletas



Luego, para cambiar la ropa de calle por el traje corto, se hace necesario utilizar el local de un colegio

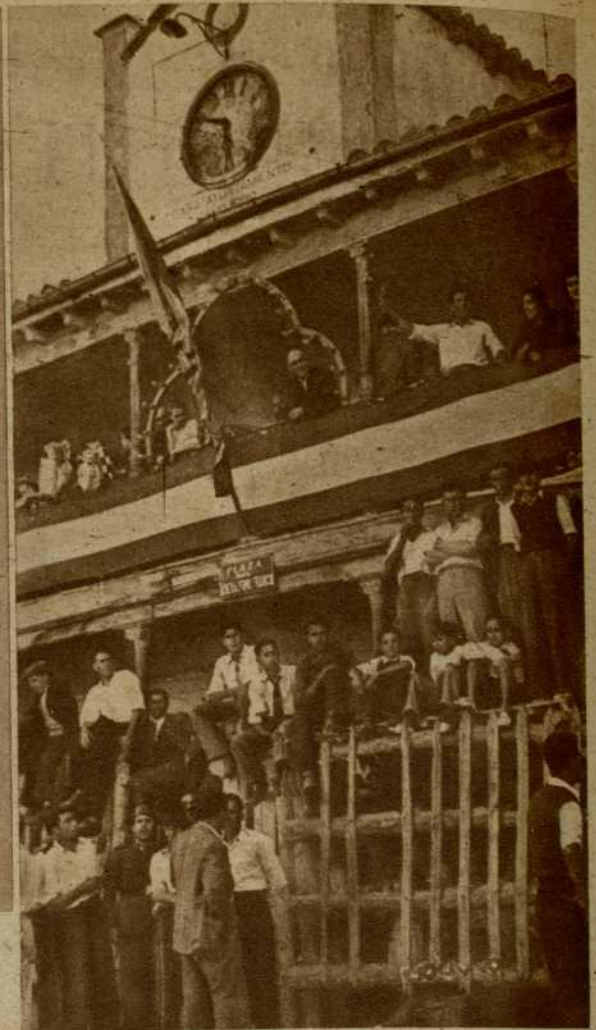


FESTIVAL PINTORESCO EN SAN MARTIN DE LA VEGA



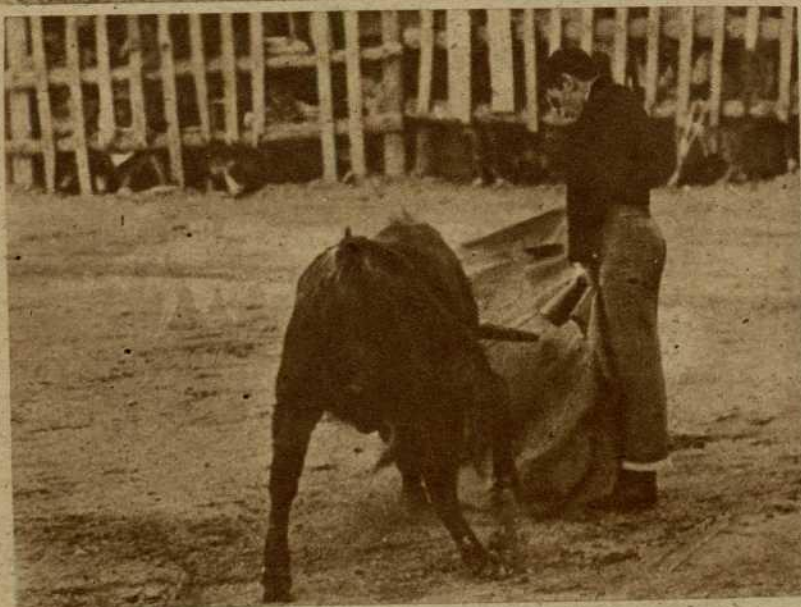
Alternaron PARRAO,
PABLITO LALANDA,
MANOLO VAZQUEZ
(hermano de Pepe
Luis) y
RAFAEL LLORENTE

Se subasta la llave del toril, y en la puja se llega a ofrecer por ella hasta doscientas cincuenta pesetas

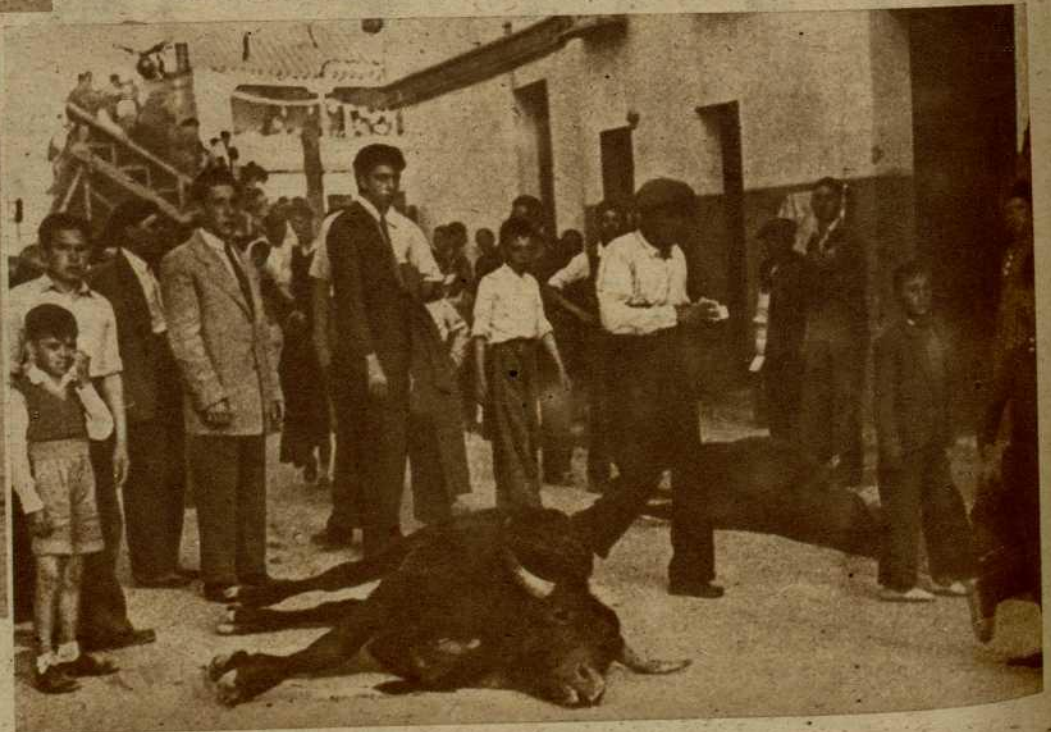


Los toreros ya están listos, y también a pie, se dirigen a la Plaza

Comienza la lidia, y de momento hay que hacerle el quite a Manolo Vázquez, que ha resultado derribado y con el susto consiguiente



Un lance de Pablito Lalanda



El arrastre del novillo se hace por un procedimiento bastante primitivo (Fotos Cano)

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Gravísima cogida del banderillero Echegoyán en Sevilla.—Manuel González, Paco Muñoz, Francisco Cardeno, Simón Zorrilla, Antonio Duarte, Joaquín García, Relámpago, Pepe Ripoll, Nacional, Niño de la Molina y Niño de Castilla cortaron orejas.—Magritas y Mella banderillaron los seis novillos corridos en Granada



LUIS SUAREZ "MAGRITAS"
JOAQUIN MANZANARES "MELLA"

Magritas y Mella

A doscientos cincuenta mil pesos asciende la deuda que el señor Cosío, que fué empresario de la Plaza de Méjico, contrajo, por contratos incumplidos, con varios diestros. Esta cifra se descompone así: a Jesús Solórzano, 50.000 pesos por dos corridas; a Ricardo Torres, 29.000, por dos corridas; a Felipe González, 10.000, por dos; a Jesús Guerra, 10.500, por una; a Edmundo Zepeda, 10.000, por una; a Chicuelín, 10.000, por una; a Andrés Blando, 9.000, por una; a Luciano Contreras, 9.000, por una, y a Juanito Estrada, 8.000, por una. Además, el señor Cosío debe depositar la suma de 61.000 pesos para garantizar el abono del importe de las corridas que se incumplieron a los diestros españoles el Choni (dos corridas) y a Manuel Escudero (una). Se había dicho que el nuevo empresario, Tomás Vallés, se había ofrecido a intervenir para la liquidación de los contratos; pero el señor Vallés manifestó que él nada tiene que ver con los compromisos contraídos por el señor Cosío, ya que, al hacerse cargo del negocio, quedó bien especificado que era libre de todo compromiso

so adquirido por la anterior Empresa. Dijo también que tiende a conseguir el abaratamiento de la Fiesta en Méjico; que quiere dar oportunidades a los aspirantes para poder formar un plantel de diestros que interesen a la afición; que no piensa nombrar gerente, sino llevar él mismo todo lo relacionado con el negocio taurino en la Monumental de Méjico, y que desea el pronto arreglo del pleito taurino hispanomejicano.

—El próximo día 3, con motivo de las fiestas de feria, se celebrará, en Jerez de la Frontera, una novillada, en la que Francisco Muñoz, Juan Bienvenida y Ramón Cervera lidiarán reses de Hidalgo. El día 4, Pepe Luis Vázquez, El Andaluz y Parrita matarán toros de Juan Belmonte.

—El próximo día 4 se celebrará la corrida de feria de Puertollano. Juan Belmonte, Luis Miguel Dominguín y Aguado de Castro lidiarán reses de Antonio Pérez Tabernero, de San Fernando.

—En la Plaza de Toros de Almodóvar del Río se efectuó la tiente de becerras de la ganadería de Angel Ligerero. Las reses proceden de la ganadería de Arranz. Dirigió las faenas Bonifacio Perea el Boni, y actuó de tentador el picador cordobés José de la Haba, Zurito. Se tentaron setenta y dos becerras. Con capote y muleta actuaron los hijos de Boni Manuel y Juan, y los novilleros Joselete y Martorell.

—Para el día del Corpus se anuncia en Toledo una corrida de toros con reses de Ignacio Sánchez, para Luis Miguel Dominguín, Pepín Martín Vázquez y Parrita.

—El pasado domingo, en Sevilla, al clavar un par de banderillas al primer novillo, fué cogido el banderillero Aurelio Echegoyán. Se tardó más de dos horas en hacerle la primera cura. Después, con grandes precauciones, ya que su estado era gravísimo, se le condujo a una clínica, donde, de madrugada, se le hicieron dos transfusiones de sangre. Pudo el herido conciliar el sueño y mejoró algo. El parte facultativo que se dió dice así: «Durante la lidia del primer toro ha sido curado en la enfermería el banderillero Aurelio Echegoyán de una herida contusa al nivel triangular del escarado del muslo



Octavio Martínez (Nacional)

Francisco Cardeno

derecho, transversal, que interesa la piel y tejido celular, sin lesionar músculos. Otra herida, también contusa, en el tercio superior, cara interna, con dirección hacia dentro y hacia arriba, produciendo herida en el recto de seis centímetros, lesionando los músculos elevadores del ano y registrándose disección de la fosa isquirrectal derecha, contusionando la herida en el trayecto la cara

interna del tercio superior del muslo izquierdo y lesionando el músculo recto interno. En total, 45 centímetros. Además, se ha apreciado contusión en la uretra, sin encontrar herida, y hay también fractura del hueso proyo de la nariz. Pronóstico gravísimo.—Doctor González Nandín. Las reses pertenecían a la ganadería de doña María Luisa Domínguez. Dieron los novillos muy buen juego, y el sexto fué bravísimo. Manolo González fué ovacionado en el primero y cortó la oreja del cuarto. Cagancho (hijo), regular y mal. Paco Muñoz, ovaciones y oreja. Muñoz y González salieron en hombros.

—En Valencia. Tres novillos de Juan y Carlos Ortega y otros tres de Santos. Antonio Caro, aplaudido en sus dos novillos. Chaves Flores, vuelta al ruedo y regular. Cervera, vuelta al ruedo en sus dos novillos.

—En Puerto de Santa María. Novillos de Esteban Hernández. Balañá, muy aplaudido como rejoneador. Manolo Navarro dió la vuelta al ruedo en sus dos novillos. Francisco Cardeno, oreja en el segundo y dos orejas y rabo en el quinto. Rafael Ortega, ovación en uno y regular en otro.

—En Toledo. Novillos de la viuda de Cruz. Eleuterio Fauró y Moreno de Mongirón fueron ovacionados.

—En Orihuela. Novillos de Pedro Hernández. Simón Zorrilla, vuelta en uno, oreja en otro y aplausos en el que mató por cogida de Duarte. Antonio Duarte cortó las dos orejas del segundo. El cuarto le produjo lesiones leves.

—En Granada. Novillos de José María Lancha. Joaquín García, aplausos y orejas y rabo en el cuarto. Juan Luis de la Rosa, aplausos en los dos. Juanito Manchón, aplausos y silencio. Magritas y Mella banderillaron los seis novillos. Fueron ovacionados.

—En Zaragoza. Novillos de Villa. Relámpago, oreja y ovación. Belmonte de Jaén, voluntarioso. Alaiza, regular.

—En Lorca. Novillos de Azyroz. Pepe Ripoll, aplaudido y oreja. Niño de Caravaca, ovación y ovación.

—En San Martín de la Vega. Novillos de Rodríguez. Octavio Martínez, Nacional, cortó orejas en sus dos novillos.

—En Bilbao. Novillada de noveles, en la que participaron seis matadores y dieciocho banderilleros locales. Niño de la Molina y Niño de Castilla estuvieron valientes y cortaron orejas.

—En Medellín (Colombia), alternativa del español Curro Rodríguez. Tres toros de Venecia, dos de Pastajé y uno de La Punta. Curro Rodríguez, oreja en su primero y un aviso en el sexto. Calesero cumplió. Luis Procuna, mal en su primero y dos orejas y rabo en su segundo. Salí en hombros.

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



Esta vez el reportaje no lo hicimos en la tertulia de un café o el ambiente popular del colmado a lo andaluz.

Hoy el tema surgió en el sótano de una Administración de Loterías. En un local desprovisto de sabor taurino, a excepción de un viejo cuadro de su propietario con el traje de picador, junto a cajas acorazadas, billetes de próximos sorteos, la recaudación del día y un sistema defensivo capaz de apagar los entusiasmos de los amigos de lo ajeno.

Lo que al escenario le faltaba, allí estaban para suplirlo los recuerdos del viejo torero: don Manuel del Pino, más conocido entre los hombres del toro por su viejo alias de Monerri...

Toda una época del toreo, con sus pasiones, sus alegrías y sus miserias, bulle y se debate por los cauces de ese mundo descrito por Monerri.

Como todos los niños a los que se les muere pronto el padre, Manuel del Pino adquirió un aire prematuro de hombre-cito.

Cierta día, con unas monedas trabajosamente reunidas, Manuel del Pino se alejó hasta la feria de Valdepeñas.

Llegó a tiempo para que lo contratara en la novillada. Su cometido consistía en picar los novillos que habían de matar Guerrerito y Bebé Chico. Otro muchacho —tan desprovisto de conocimientos como Monerri—, llamado Rafael González, conseguía que lo enrolaran en calidad de banderillero. El mismo que a poco había de encandilar a la afición, compitiendo con Ricardo Torres, Bombita.

Los de Valdepeñas aplaudieron con entusiasmo las faenas de maestros y subalternos. Pero a la hora de cobrar, picador y banderillero fueron rumbosamente remunerados con un duro por barba.

Este hecho, tan grabado quedó en la memoria de Machaquito, que no hay vez que se tropiece con su compadre Monerri, que rechinando los dientes, no recuerde:

—¿Te acuerdas, Manuel, de aquel empresario de Valdepeñas?

Nuevas actuaciones hacen que la fama de su buen estilo llegue a oídos de Tomás Luengo, contratista de caballos de la Plaza de Madrid, que lo contrata por su cuenta para intervenir en las novilladas.

En 1901 es requerido por el matador de toros Antonio Moreno, Lagartijilla, y al año siguiente es solicitado su concurso por Cocherito de Bilbao.

Toreó luego a las órdenes de Relampaguito, Algabeño padre, Machaquito, Bienvenida —tres años—, Fuentes, Vicente Pastor, Antonio Montes, Gaona, Rafael el Gallo, Paco Madrid, Saleri II...

¡Buen jefe el señor Manuel, Bienvenida y gran maestro! Sus maneras, de mucho gracejo y de singular talante, le granjearon el afecto de Monerri, el cual todavía lo sigue considerando como uno de los mejores directores de lidia. Tenía detalles de verdadero estilo. En una feria de Sevilla le correspondió un pavoroso Miura, colorao y ojo de perdiz. Los detractores de Bienvenida hicieron correr la voz de que aquel toro estaba predestinado a volver vivo a los corrales. El sevillano escuchó sonfiente los pronósticos como si no fueran con él, y llegado el momento asombró a sus paisanos con una lidia tan completa como brillante. Hizo quites lucidos, puso grandes pares de banderillas y, por si fuera poco, toreó y mató en forma magnífica. En la lista de afectos de Monerri, también



Uno de los últimos retratos de don Manuel del Pino

Machaquito ocupa recuerdo preferente. —Su valor —dice el gran ex picador— era, amigo, cosa de espanto. Tenía tal amor propio, que cuando presenciaba algún excelente momento de cualquier compañero, no podía contener la impaciencia de emularlo. En uno de mis últimos viajes a Córdoba, me contaron el siguiente sucedido, que prueba el temple singular de Rafael.

Recalcao, primo de Lagartijo y ex banderillero de Machaquito, se tropezó con su ex maestro al salir del Club que lleva su nombre y le espetó estas palabras: «¿Qué te cree, que anda la gente diciendo por ahí? Pues se atreven a decir que ni tú, ni los de tu tiempo, ganaríamos ahora una peseta de los toros».

Machaquito se lo quedó mirando y con su aplomo característico, contestó:

—Lo que yo te digo, es que ahora me montaría en los toros por la mañana y me apearía... por la tarde.

—¿Qué ojina, amigo Monerri, de la acual suerte de varas?

—Que le falta su principal elemento de lucimiento: el toro. Si hoy salieran por los chiqueros aquellos «petacos» del duque, echando bajo los estribos de un bufido a los pobres reservas, se acabaría la suerte de varas. Y conste que esto no es demérito para seis o siete picadores modernos capaces de picar todo lo que salga.

—¿Actuó usted alguna vez para Joselito?

—En 1919 intervine en todas las corridas de seis toros que mató el malogrado maestro de maestros. Había sido contratado para lidiar otros tantos en La Línea, a los dos o tres días de la corrida de Talavera. La víspera de salir de Madrid, me mandó llamar a su casa de la calle de Arrieta:

—Prepara la ropa que vas a torear conmigo, si es que te agrado como maestro— me dijo el infortunado José.

—¿Influyó en su decisión de retirarse la trágica jornada de Talavera?

—Mucho; pero muy especialmente otra causa por lo que me pasó la vida batallando.

—Y es, si puede saberse.

—La dignificación de la profesión hasta entonces habituada a sufrir

UNA EPOCA DEL TOREO

Don Manuel del Pino, Monerri, y su mejor faena. "Haber conseguido la dignificación de la clase"



Cocherito de Bilbao rodeado de su cuadrilla: Luciano Bilbao, Lunares; Cayetano Fernández y el Chato de Zaragoza, banderilleros, y Monerri y Melones Chico, picadores

el menosprecio de matadores y Empresas. Hubo de vencer grandes dificultades; pero al fin conseguí llevar a feliz término la constitución de la Unión de Picadores. Con la cuota de un real al mes y el beneficio de las diversas corridas que a tal efecto organicé, conseguí llevar a las arcas de la Sociedad una respetable cantidad para socorro de los asociados inválidos o en paro forzoso.

—¿Quiere recordar los nombres de los compañeros más admirados por usted?

—Ante todo, anote usted este terceto formidable de maestros de la puya: Badila, Agujetas y Pepe el Largo.

—¿Alguno más, amigo Monerri?

—Céntimo, Farfán, Bazana, Melones, Molina y tantos otros que con su buena escuela de picadores supieron dar al primer tercio tanta belleza y emoción, como otros hombres del toreo supieron imprimir a los distintos momentos de la lidia.

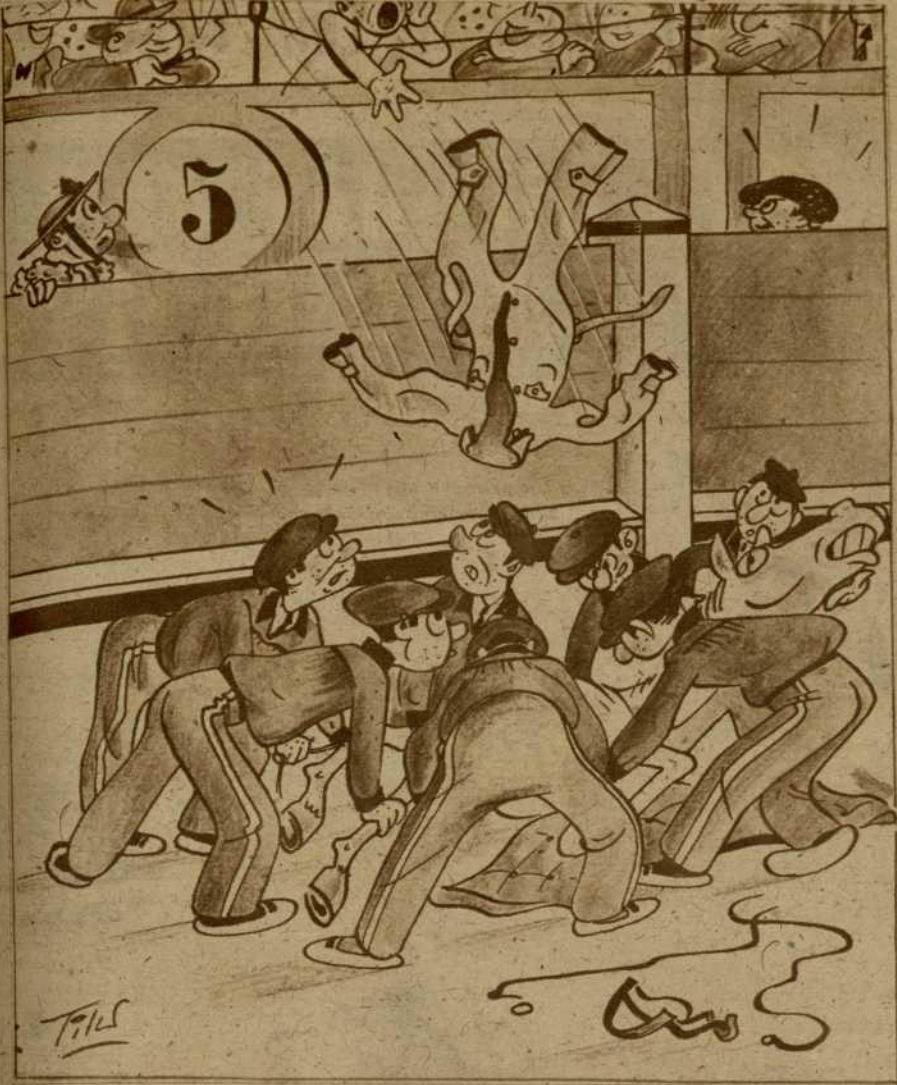
Nos despedimos de este pulcro y venerable luchador de los ruedos. Y al reflejar aquí sus palabras, pensamos en una época que recuerdan con emoción los que vieron alborear el siglo.

F. MENDO

VALDESPINO JEREZ

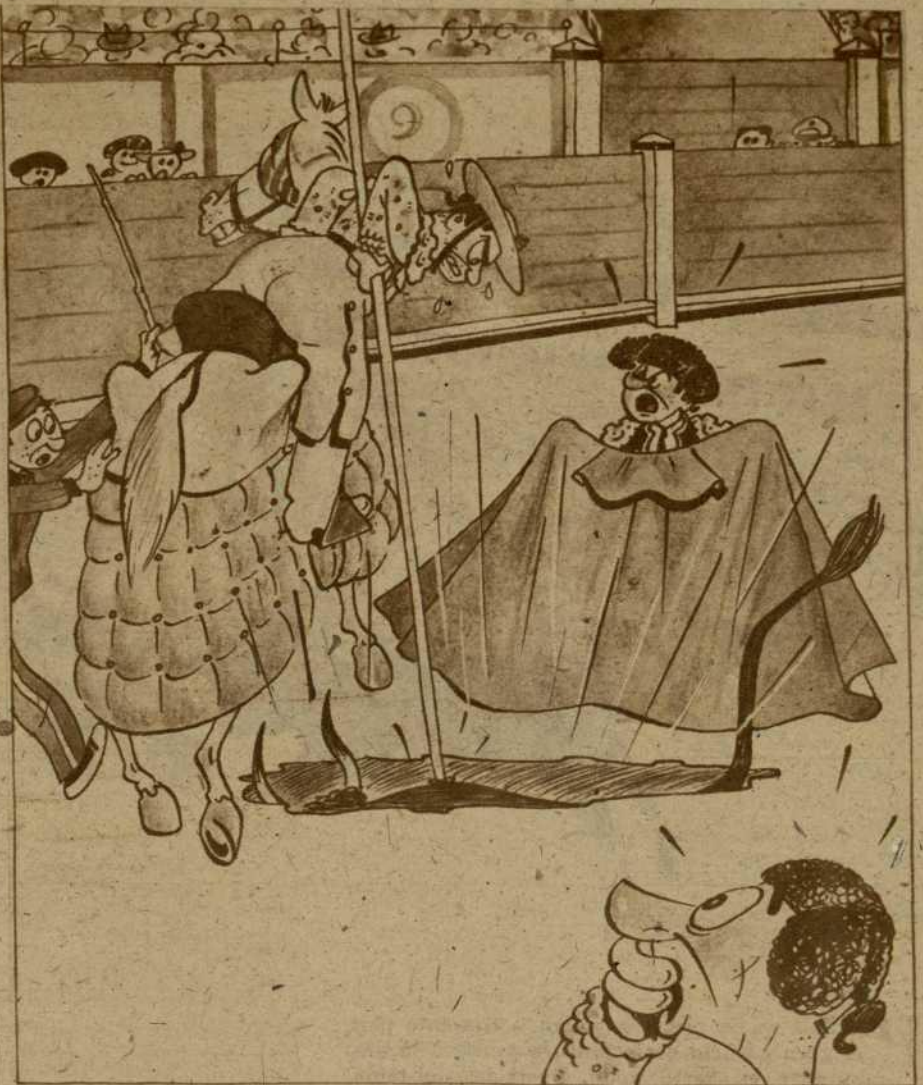
Inocente es el vino para copiar.

CUATRO REFritos DE TOROS, por TILU



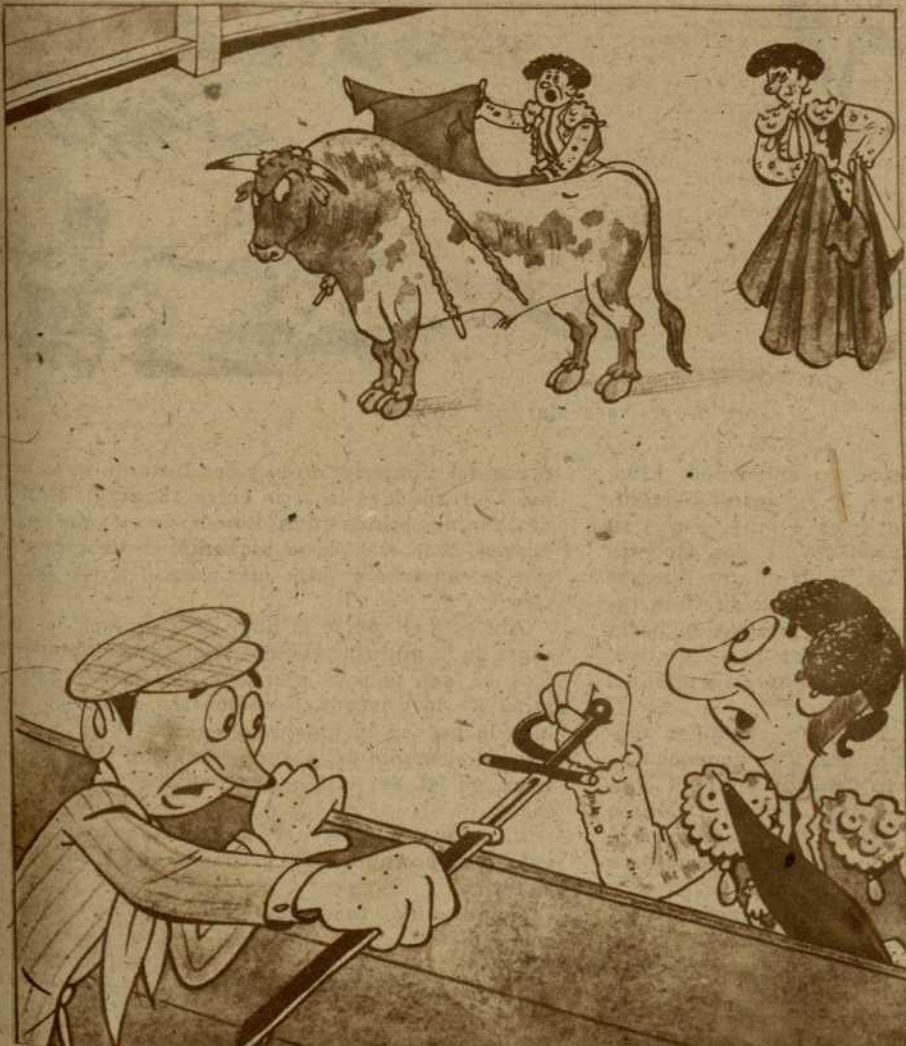
¡LAMENTABLE ESPECTACULO!

—¡Ahí va, majos! ¡Hace falta un mono más!



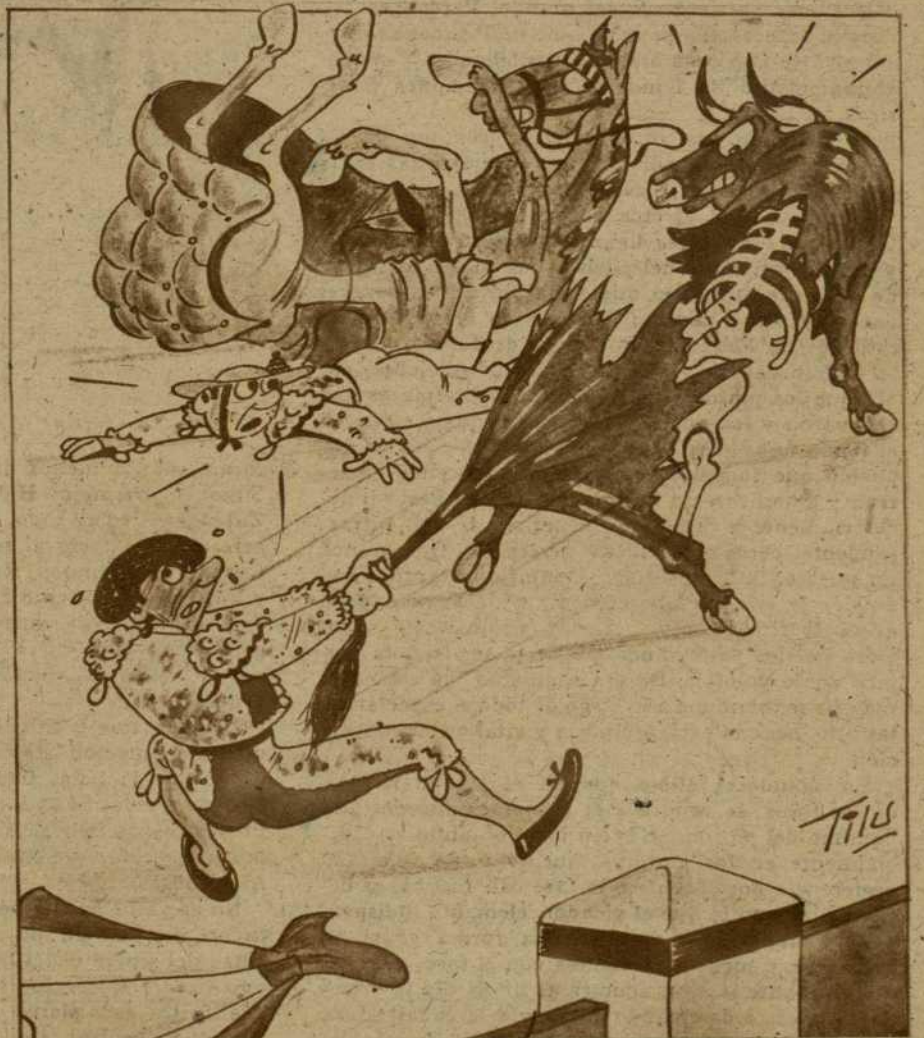
EXCESO

—¡Ya va güeno, Manuel! ¡Ya va güeno!



ANIMOS

—¡Ese toro es mocho! ¡
—¡Sí; mocho toro pa ti!

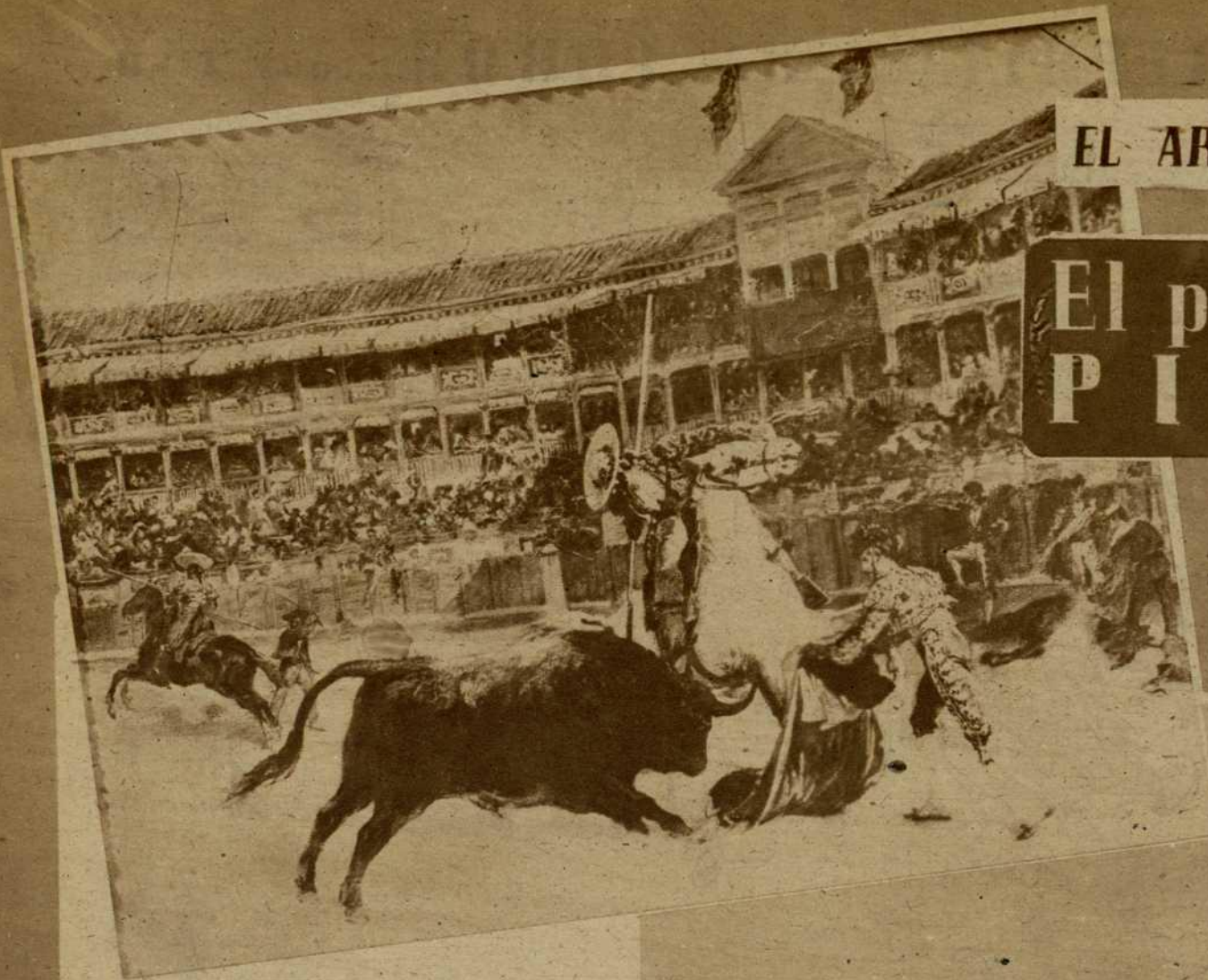


QUITE

El torero farzudo hace un coleo.

El picador en la PINTURA

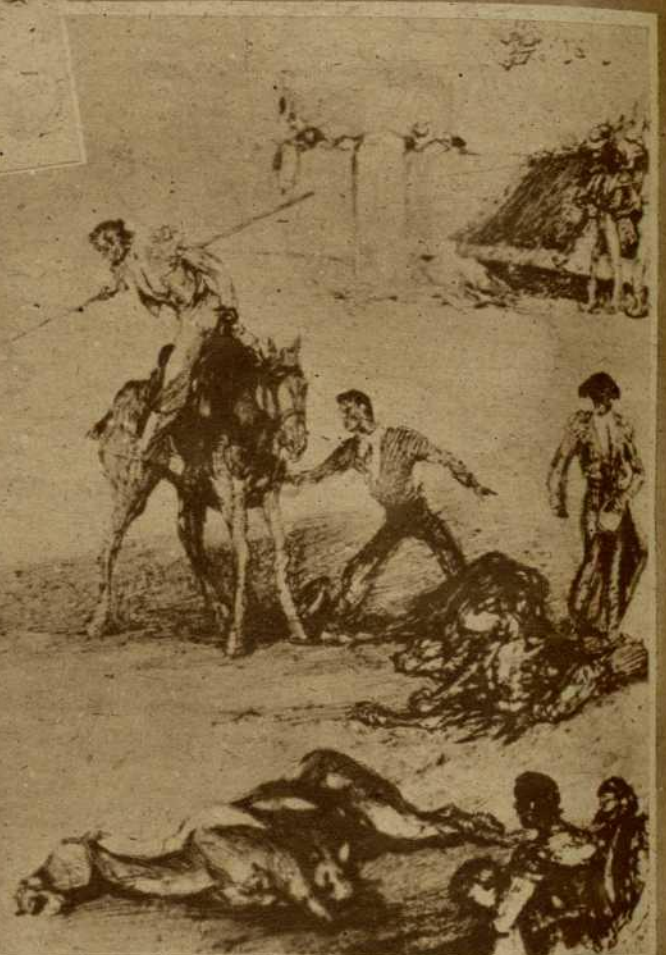
«La primera suerte», de Alejandro Ferrant, realizada en 1873. (De la serie taurina que realizó este insigne artista)



PUESTA ya la primera piedra o cimiento para el gran edificio de la pintura taurina, la amplitud y, en cierto modo, diversidad del tema, brindó pródigamente a los artistas infinidad de asuntos para el cuadro. Los toros, la fiesta brava y españolísima, tan discutida y a la vez tan ensalzada, ha servido para motivo y origen de no pocas obras de arte repartidas por los mejores Museos y colecciones particulares del mundo. Verdad es que ningún espectáculo popular o de multitudes se ofreció al arte con más amplias posibilidades y mayor abundamiento de temas y manifestaciones pictóricas.

Se buscaron los toros, unas veces por la riqueza de colorido, por los fuertes contrastes en la diversidad de tonos y de gamas, por la abundancia y plétora de los efectos deslumbrantes de la luz. Otras, por esa íntima ligazón con las más sinceras y devotas aficiones del pueblo, que marca la tónica de un pintoresquismo que en la pintura es a veces drama y otras sainete, comedia de costumbres al estilo de un Mesonero Romanos, de don Ramón de la Cruz o del inolvidable don Carlos Arniches. De ahí que los pintores, y más aún los dibujantes que cultivaron y los que hoy cultivan el tema, sean en el fondo unos sensitivos psicólogos del alma de ese pueblo que fomentó los toros, porque ellos encierran y sintetizan un heroísmo o valor puesto innecesariamente a prueba en beneficio de una intrascendente, pero maravillosa diversión. Que nunca un pueblo, una multitud, se emociona tanto como cuando le brindan una comedia o un sainete, en el que inesperadamente el drama, asomándose silencioso por las bambalinas, puede poner la nota trágica como colofón. De esa inquietud, de ese enigma que se mantiene a lo largo de todo el espectáculo taurino, nace lo extraordinario y vital de su concepción.

Estudiando el reflejo que en el arte han tenido los toros, se vendrá a la comprobación del predominio del picador. Hay en los dibujantes, y especialmente en los pintores taurinos, una reiterada preferencia por el tema o la fase caballística, es decir, aquella en la que el picador, elemento indispensable y preparatorio de la corrida, forma grupo en faena más o menos afortunada con el toro, que, expectante ante la cita, acudirá al fin dando la victoria al jinete o derribando a éste y a la cabalgadura en peligrosa y espectacular embestida. Indudablemente, existe cierta predisposición pictórica, cierta tendencia reproductiva. A Perea le entusiasmaba la pintura del picador. Rara es la estampa suya en la que este ayudante del torero no tuviera, de una



«Toro bravo», por Martínez de León

forma más o menos directa, su exhibición. Elbo, Simonet, Bermejo, Hidalgo de Caviedes, Ferrant, Zuloaga y, sobre todo, Gutiérrez Solana, ponen su arte muchas veces al servicio del picador. Roberto Caballero Alaminos, Rumoroso, Benlliure, Agrasot y Villegas darán también, a lo largo de su numerosa pintura taurina, muestras de su dedicación hacia este tema. ¿Por qué? Tal vez por lo decorativo, por lo fascinante, pictórico y escultóricamente, del grupo.

Picador, toro y caballo darán en cualquier momento o situación la estampa más viva y menos monótona de la lidia. Cuando Enrique Simonet concibe su célebre cuadro «El quite», hoy en el Museo Provincial de Bellas Artes de Málaga, busca en el mismo la composición de figuras. Igual le sucede a Alaminos.

No es ya la faena peligrosa y arriesgada del picador, sino la de los toreros al quite, a la defensa del jinete o del caballo, que corren un positivo riesgo. Obsérvese si no la pintura de Ferrant que ilustra esta plana. En ella sobresale y destaca el tríptico central, toro, picador y torero al quite, que son todo el motivo y fundamento del cuadro, que se adornará con los detalles o aditamentos complementarios de segundo término precisos y necesarios para ambientar la escena. Como con-

traste del dibujo retocado y detallista de otros tiempos (Ferrant hizo la serie entre 1872-75), Martínez de León nos brinda en esta moderna estampa, «Toro bravo», todo el poderío esquemático de un apunte que se convirtió en algo más amplio y más decorativo.

Ahí está el ayer y el hoy, el pasado y el presente de la pintura taurina, y en ambos tiempos, el picador, con todo el interés unas veces del retrato, otras de lo anecdótico —Roberto Domingo también lo ha cogido muchas veces de modelo o motivo en el marco del patio de caballos— o del que tiene en el desarrollo no siempre lucido de su faena.

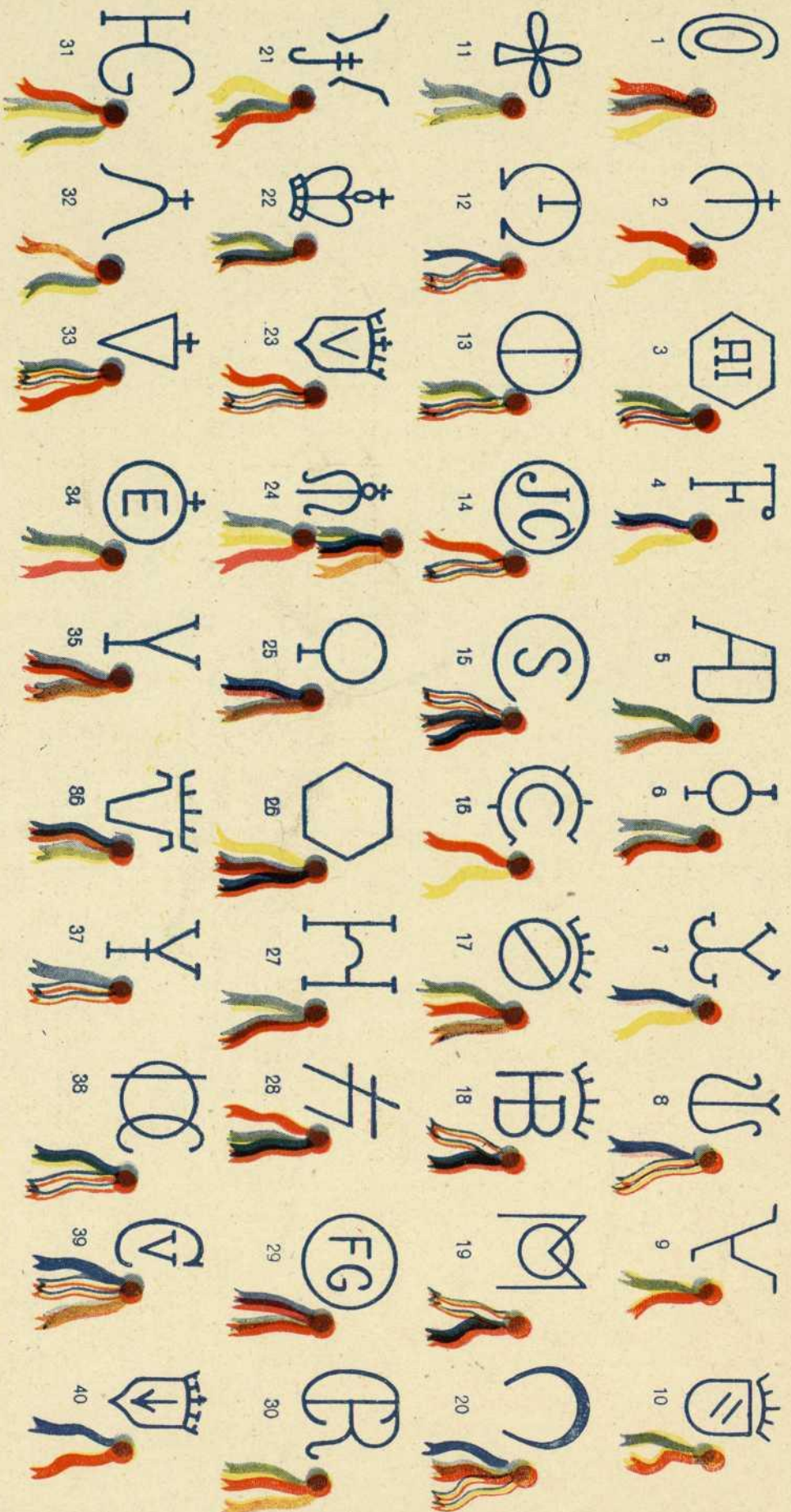
En resumidas cuentas, que el picador tiene, por su valor compositivo, una preponderancia en el arte pictórico.

Si a reunir fuéramos toda la obra realizada con este tema, la historia del picador sería la historia de la pintura taurina. ¡Tal es la preponderancia en la diversidad de escenas dentro de un mismo motivo!

Siendo una suerte, la de picar, de segundo orden en el arte y para los pintores, nadie diría que no fuera la suerte suprema.

RELACION DE GANADERIAS DE LA ZONA DE ANDALUCIA, CON EXPRESION DE VICINDAD Y SEÑAL

Número	GANADERÍA	VICINDAD	SEÑAL EN LAS OREJAS (D) Derecha (I) Izquierda
1	Albarrán Díaz de la Cruz (D. Arcadio)	Badajoz	Hoja de higuera (I) y Muesca por detrás (D).
2	Alvarez García (D. Juan Antonio)	Trujillo (Cáceres)	Puerta y rasgada.
3	Andrade de Irmao	Almeirín (Portugal)	Sin señal.
4	Antillón (Excmo. Sr. Conde de)	Madrid	Trenza y garabato (D) y Trenza (I).
5	Azpiroz Molino (Doña Dolores)	Navas de San Juan (Jaén)	Hoja de higuera en ambas.
6	Bartolomé Sanz (D. Felipe)	Sevilla	Puerta (I) y Rabisaco por arriba (D).
7	Belmonte García (D. Juan)	Sevilla	Zarcillo (D).
8	Benítez Cubero (D. José)	Cabra (Córdoba)	Punta (I) y Zarcillo (D).
9	Bohorquez Gómez (D. Fermín)	Jerez de la Frontera (Cádiz)	Hoja de higuera (I) y Corte (D).
10	Buendía Peña (D. Joaquín)	Sevilla	Hoja de higuera en ambas.
11	Caballero Magán (D. Adrián)	Santa Elena (Jaén)	Horquilla en ambas.
12	Calderón Serrano (D. José Enrique)	Marchena (Sevilla)	Muesca (D) y Zarcillo (I).
13	Calle (D. Luis de la)	Jerez de la Frontera (Cádiz)	Punta de lanza en ambas.
14	Coimbra (D. Manuel y D. Joaquín d'Assunção)	Azinhaga do Ribatejo (Portugal)	Hendidias ambas.
15	Concha y Sierra (Doña Concepción de la)	Sevilla	Muesca en ambas por la parte alta.
16	Conradi (Señores Hijos de D. Juan B.)	Sevilla	Rasgada y zarcillo (D) y Horqueta y muesca (I).
17	Corte (Excmo. Sr. Conde de la)	Zafra (Badajoz)	Garabato (I) y Hoja de higuera (D).
18	Cossío (Doña Julia de)	Sevilla	Hendido (D) y Muesca y hendido (I).
19	Cova (Doña Enriqueta de la)	Peñaflor (Sevilla)	Muesca y punta de espada.
20	Cova y Ruiz (Señores Herederos de D. José de la)	Peñaflor (Sevilla)	Hoja de higuera (I) y Rasgada (D).
21	Cruz Sepúlveda (D. Juan José)	Lora del Río (Sevilla)	Brincado en ambas.
22	Chica Navarro (D. Francisco)	Jerez de la Frontera (Cádiz)	Rasgada (I) y Hoja de higuera (D).
23	Domécq (Señores Hijos de D. Juan Pedro)	Jerez de la Frontera (Cádiz)	Punta de lanza en ambas.
24	Escobar y Barrilaro (D. José)	Puebla del Río (Sevilla)	Hoja de higuera en ambas.
25	Flores Albarrán (Señores Herederos de)	Andújar (Jaén)	Muesca por delante (D) y Hendido (I).
26	Flores Tassara (D. Antonio)	Sevilla	Hoja de higuera.
27	Gallardo González (D. Juan)	Los Barrios (Cádiz)	Rasgado y puerta atrás.
28	Gallardo González (D. Ramón)	Los Barrios (Cádiz)	Zarcillo (D).
29	Gama (D. Faustino da)	Quinta das Janelas (Portugal)	Media oreja.
30	García de la Peña (D. Félix)	Almendralejo (Badajoz)	Hoja de higuera en ambas.
31	Garrido Altozano (D. Salvador y D. Francisco)	La Carolina (Jaén)	Zarcillo en ambas.
32	Garrido Larrubia (D. Julio)	Linares (Jaén)	Zarcillo en ambas.
33	Giménez Indarte (D. Bernardino)	Linares (Jaén)	Zarcillo en ambas.
34	González Camino (D. Esteban)	Utrera (Sevilla)	Horqueta (D) y Muesca y rabisaco (I).
35	Guardiola Fantoni (D. Juan)	Sevilla	Hendido (D) y Muesca (I).
36	Guardiola Fantoni (D. Salvador)	Sevilla	Despuntadas y brincadas ambas.
37	Hidalgo y Hermanos (D. Francisco)	Sevilla	Puerta (D) y Muesca en parte alta (I).
38	Infante da Cámara (D. Emilio)	Vale de Figueira (Portugal)	Sin señal.
39	Infante da Cámara (D. José)	Vale de Figueira (Portugal)	Sin señal.
40	Jordán de Urríes (Señoritas de)	Cáceres	Sin señal.



HIERROS Y DIVISAS DE LAS GANADERÍAS

DE LA ZONA DE ANDALUCÍA

